

MILTON GODOY ORELLANA *

LOS PROLEGÓMENOS DE UNA *CRISIS* EPISÓDICA:
EL CANTÓN DE TALTAL Y LA LEY DE IMPUESTO
A LA PRODUCCIÓN SALITRERA,
1873-1883¹

RESUMEN

En el artículo se analiza el periodo iniciado con la crisis económica internacional de 1873 y sus manifestaciones regionales, hasta la crisis local suscitada en Taltal desde 1880, a partir del estudio de la producción salitrera iniciada la década anterior, que tuvo como componente una quincena de oficinas salitreras funcionando simultáneamente. Antes de la Guerra del Pacífico, Taltal era la única región chilena con presencia de yacimientos de nitrato y enfrentó en 1880 la ley denominada de los Derechos de exportación del salitre, que entraría en vigencia en septiembre de 1881 para las explotaciones al sur del paralelo 24° L.S. Esta carga tributaria provocó despidos masivos de trabajadores del incipiente cantón taltalino y tuvo un importante impacto socioeconómico en la localidad provocando un conjunto de medidas del aparato estatal que anuncian la morfología de la reacción frente a las crisis venideras.

Palabras claves: Chile, salitre, crisis de 1873, cantón de Taltal, impuestos salitreros, despidos masivos.

ABSTRACT

This article analyzes the period that started with the international economic crisis of 1873 and its regional manifestations until the local economic crisis that occurred in Taltal at the beginning of 1880, studying the nitrate production initiated a decade earlier with the opening of fifteen nitrate offices that were simultaneously functioning. Before the War of the Pacific, Taltal was the only Chilean region with nitrate deposits and in 1880 encountered a law named the Rights to Nitrate Exportation which took effect in September 1881 impacting exports south of the 24° S.L. parallel. This tax burden provoked mass layoffs of workers in the emerging district of Taltal and had an important socioeco-

* Doctor en Historia, Universidad de Chile. Investigador asociado en el Instituto de Estudios del Patrimonio, Universidad Arturo Prat; investigador y docente en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Correo electrónico: mgodoyorellana@gmail.com.

¹ Esta investigación se ha realizado con el financiamiento del proyecto FONDECYT N° 11130001 y se inscribe en el programa de investigación del Laboratoire International Associé (LIA) Mines Atacama, del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS, 2015-2018).

conomic impact on the town provoking a combination of measures from the state apparatus that heralded the morphology of the reaction to the approaching crisis.

Key words: Chile, saltpeter, crisis of 1873, district of Taltal, nitrate taxes, massive layoffs.

Recibido: Mayo 2015.

Aceptado: Agosto 2015.

“Los que habitan ciudades manufactureras o agrícolas no imaginan lo que es un pueblo abierto de pronto a la riqueza; un pueblo en que cada individuo es un conquistador de fortuna. Aquel puerto [Taltal] pelado y claro se convirtió de pronto en un centro cosmopolita, con la soltura atrabiliaria de lo improvisado”.
Salvador Reyes, *Los tripulantes de la noche*, 1943.

INTRODUCCIÓN

En abril de 1882 el cónsul francés en Chile informaba al ministro de Relaciones Exteriores de su país que, a excepción de Taltal, todos los puertos de exportación salitrera “fueron parte de los territorios *conquistados* sobre Bolivia y el Perú”², después de 1879. En efecto, el emergente puerto de Taltal se convirtió, desde mediados de la década del setenta del siglo XIX, en el punto de penetración de baqueanos y arrieros que recorrían la geografía desértica del meridión del *despoblado* de Atacama. En esta región, los descubrimientos calicheros se fueron intensificando hasta constituir en 1880, dieciocho yacimientos que se convirtieron en las correspondientes oficinas, configurando un tejido ramificado de establecimientos salitreros, algunos de las cuales estaban unidos por una red caminera –y desde 1882 ferroviaria– al puerto de Taltal. Otros yacimientos poseían sus propios caminos hacia puertos de embarque exclusivos, en algunas de las caletas subsidiarias del puerto principal. En 1858, el gobierno chileno³ había autorizado la construcción de un muelle para la salida de la producción cuprífera de José Antonio Moreno y en 1877 el incipiente poblado fue regulado y superó su condición de puerto de cabotaje para convertirse en puerto mayor, regulador de la exportación e importación internacional de productos, ordenándose su trazado en agosto del mismo año⁴. La región emergió como un centro de explotación minera hacia la década del cuarenta, aumentando su población y creando nuevos espacios urbanos de tamaños y condiciones diferentes, tales como: la ciudad de Taltal, puertos menores aledaños, caletas, placillas en el desierto –Cachinal de La Sierra y Esmeralda– y oficinas salitreras. El contexto de esta expansión fue el descubrimiento de yacimientos cupríferos y desde la década del setenta yacimientos argentíferos y mantos calicheros en los alrededores de la aguada de Cachiuyal, en la pampa.

² Adolfo d’Avril, “Légation de la République Française au Chili. Santiago”, 5 de abril de 1882, in Archives Diplomatiques de La Courneuve, Correspondance Commerciale Santiago du Chili, 1882-1887, vol. 13, s/f.

³ *Boletín de las Leyes y Decretos de Chile* (en adelante *BLDCH*), Santiago, Imp. Cervantes, 1861, libros 26 y 27, p. 275.

⁴ *BLDCH*, Santiago, 17 de agosto de 1877, Santiago, Imp. de La Independencia, 1877, vol. 45, p. 340.

Hacia el inicio de la década siguiente este crecimiento poblacional y expansión de lugares habitados en el desierto taltalino fue bruscamente desacelerado debido al impuesto al salitre establecido por el gobierno de Chile. Fue un duro revés a la incipiente explotación calichera, provocando, de paso, un quiebre social importante en una región pionera y antes no urbanizada ni explotada en términos capitalistas. Taltal a fines de la década logró superar los *impasses* provocados por la legislación salitrera y durante el siglo xx se convirtió en el más meridional e importante de los cantones salitreros del país.

Así, cabe preguntarse, ¿cuál fue el impacto específico de la nueva legislación salitrera sobre la incipiente explotación de la región? ¿Es posible comprender este proceso como una crisis local? ¿Cuál fue la respuesta del empresariado y las autoridades locales frente a los problemas sociales provocados por el alza de impuestos? Estas preguntas se validan en un contexto historiográfico en que el estudio del cantón salitrero de Taltal –con relación a Tarapacá y Antofagasta– ha sido poco abordado. Los trabajos que han referido con mayor profundidad a la historia salitrera de la región estudiada son los de Roberto Hernández, Oscar Bermúdez, Sergio González y José Antonio González⁵, quienes han aportado diversos datos y análisis de esta realidad, enfatizando la necesidad de abordar en profundidad esta tarea. Además, en el último tiempo se han publicado algunos trabajos de recopilación fotográfica acerca del cantón y la historia de la localidad⁶.

Cabe destacar que existen bastantes inexactitudes con respecto a la producción salitrera de la región, insistiéndose en la carencia de producción antes del funcionamiento del ferrocarril en 1882⁷, la imposibilidad de la producción previa a la Guerra del Pacífico⁸ o un mal tratamiento de las cifras de producción que no dimensionan el alcance que esta tuvo, manejando cifras minimizadas de este proceso⁹.

La hipótesis que orienta este trabajo, sustentada en una extensa prospección documental¹⁰, es que el caso de Taltal, en el periodo analizado, fue señero para el estudio

⁵ Roberto Hernández, *El salitre. Resumen histórico desde su descubrimiento y explotación*, Valparaíso, Ed. Fisher Hnos., 1930; Oscar Bermúdez, *Historia del salitre*, Santiago, Ed. Pampa Desnuda, 1984, tomo II; Sergio González Miranda, *Hombres y mujeres de la Pampa: Tarapacá en el ciclo del salitre*, Santiago, LOM Ediciones, 2002; véase del mismo autor *La sociedad del salitre, protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios cívicos*, Santiago, RIL Editores, 2013; José A. González, “La conquista de una frontera. Mentalidades y tecnologías en las vías de comunicación en el desierto de Atacama”, en *Norte Grande*, N° 40, Santiago, 2008, pp. 23-46; José Antonio González *et al.*, “Británicos en la región de Antofagasta. Los negocios concomitantes con la minería del desierto de Atacama y sus redes sociales (1880-1930)”, en *Estudios Atacameños*, N° 48, San Pedro de Atacama, 2014, pp. 175-190.

⁶ Alejandro San Francisco *et al.*, *El cantón salitrero de Taltal. Imagen y memoria*, Antofagasta, Ed. Escorpio, 2011; Rodolfo Contreras, Contreras, “Breve historia de Taltal y la presencia alemana a través de la fotografía en el naciente puerto”, en *Taltalia*, N° 5-6, Taltal, 2013, pp. 89-127

⁷ Ian Thomson, “La Nitrate Railways Co. Ltd.: la pérdida de sus derechos exclusivos en el mercado del transporte de salitre y su respuesta a ella”, en *Historia*, N° 38, vol. I, Santiago, 2005, p. 87.

⁸ Al respecto se ha planteado que esta explotación no se produjo “debido a la situación crítica que vivía el país” durante la Guerra del Pacífico, véase Luis Ortega, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, colección Sociedad y Cultura, 2005, vol. xxxviii, p. 432.

⁹ Juan Braun-Llona *et al.*, *Economía chilena, 1810-1995. Estadísticas históricas*, Santiago, PUCH, Instituto de Economía, 2000, p. 49

¹⁰ En términos metodológicos este artículo está orientado por la hipótesis señalada y sustentado en la prospección documental de repositorios chilenos y extranjeros, entre los que se consideró el Archivo Nacional

del ciclo salitrero, en el sentido de que la nueva carga tributaria y las reacciones locales configuraron un conjunto de medidas del aparato estatal y de los empresarios, que serían una suerte de morfología de la reacción frente a los problemas venideros. Esta política dominante se ha definido como resultado de un Estado liberal que no tenía en el horizonte de sus preocupaciones la situación social de los trabajadores y limitaba su accionar a la seguridad pública¹¹.

Sin duda, en las décadas posteriores cambiaría la reacción de los sectores populares, quienes desde fines del siglo XIX fueron capaces de responder con mayor organización política a la problemática. Estas respuestas configuraron los inicios de los movimientos populares chilenos, los que significaron una articulación de demandas ordenadas y orientadas a exigir respuestas de un Estado con responsabilidad social inexistente.

CRISIS Y MIGRACIÓN EN EL NORTE CHILENO

Visto en perspectiva histórica el norte de Chile es una página abierta durante el periodo 1840 a 1900. Esta fue una zona de expansión del Estado nacional chileno en el desierto de Atacama –jurídicamente boliviano, pero con laxa presencia estatal– en que el antiguo límite colonial se difumó desde la década del cuarenta, cuando se iniciaron las tensiones territoriales con Bolivia; la región comenzó a manifestarse como una zona de frontera, en tanto espacio de interacción e intercambio¹² y de conflictos por el control, fue incorporada a Chile después de la guerra que desplazó el norte y el límite nacional hasta la Línea de la Concordia establecido en 1929. Estos cambios estuvieron ligados a las crisis de 1873 y sus efectos en el trasvasije poblacional, que llevó a miles de mineros cesantes a recorrer el desierto¹³.

Mientras, el sector septentrional de la provincia de Atacama vivió profundas e intensas transformaciones desde mediados del siglo XIX. Hubo en esta región un incipiente proceso de modernización y la integración de nuevos medios de transporte, tales como el ferrocarril, la creación de caminos y puertos, que conectaron su *hinterland* con la capital y las ciudades europeas, que demandaban los productos mineros de la región. Esta dinámica regional se ligaba a una economía configurada desde fines del siglo XVIII,

Histórico de Chile, donde se consultó el Fondo Intendencia de Atacama y el Fondo Ministerio del Interior; la Sección Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Chile, en su Colección de Periódicos Nacionales, revisándose las publicaciones de Santiago, Valparaíso, La Serena, Copiapó y Taltal; el Archivo Histórico del Museo Regional de Atacama; Archivo Histórico de la Pontificia Universidad Católica del Norte; Archivo del Museo Capdeville de Taltal; Archivo Diplomático de La Courneuve, en París, donde se consultó el Fondo Consular de Chile y el National Archive en Londres, en la colección correspondiente a la Taltal Nitrate Company.

¹¹ Crisóstomo Pizarro, *La huelga obrera en Chile*, Santiago, Ed. Sur, 1986, p. 29.

¹² Véase Silvia Ratto, “El debate sobre la frontera a partir de Turner. La New Western History, los borderlands y el estudio de las fronteras en Latinoamérica”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Emilio Ravignani*, N° 24, Santiago, 2001, pp. 105-141.

¹³ Milton Godoy Orellana y Sergio González Miranda. “Norte Chico y Norte Grande: Construcción social de un imaginario compartido, 1860-1930”, en Sergio González (comp.), *La sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos, 1870-1940*, Santiago, RIL Editores-Universidad Arturo Prat, 2013, pp. 195-211.

siendo incorporada al sistema de economía mundo y formando parte del capitalismo periférico¹⁴. Hasta la década del setenta allí se vivió un acelerado periodo de expansión del comercio internacional al que, mayoritariamente, se habían integrado las economías latinoamericanas, como resultado de la configuración de nuevas relaciones comerciales, innovaciones tecnológicas y una mejor competitividad¹⁵.

No obstante, ese mismo progreso en la conectividad marcó un ciclo en la región, exponiéndola a los vaivenes de la economía de los países industrializados del mundo occidental que impondrían el ritmo de la situación económica regional. La mayor integración a este mercado mundial no fue total en los países que aportaban materias primas, sino que se centró en las regiones productoras y se sustentó en el abaratamiento en los costos del transporte –según los cálculos de Paul Bairoch– en razón de siete a uno, durante el transcurso del siglo XIX¹⁶. Además, disminuyeron los tiempos de viaje debido al ingreso de los barcos a vapor, que intensificaron los intercambios intercontinentales, cuyo centro eran los países europeos que controlaban, al menos, dos tercios de los flujos comerciales mundiales¹⁷.

La prueba patente de los cambios de la economía mundial fue el brusco freno de la bonanza que significó el inicio de la crisis de 1873, cuando el ciclo de crecimiento se detuvo debido al colapso bursátil iniciado en mayo en Viena y su posterior impacto en Alemania, alcanzando al conjunto de las economías integradas al sistema capitalista mundial.

Los factores señalados para explicar su desencadenamiento son variados e incluyen tanto el cambio desde el sistema bimetalico al del oro, que planteaban populistas en Estados Unidos y *junkers* alemanes¹⁸, como a factores climáticos que potenciaron la crisis con sequías y hambrunas¹⁹. Mientras, en Chile y la región estudiada, se experimentaba en 1877 uno de los más grandes temporales de lluvia y aluviones del siglo²⁰. La crisis en la región se acrecentó y estimuló la partida de trabajadores con la epidemia de viruela que azotó la región desde 1876 y en Taltal se manifestó con intensidad, “haciendo estragos en esta localidad” hasta 1880²¹.

¹⁴ Inmanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial. La segunda era de la gran expansión de la economía mundo capitalista, 1730-1850*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1999.

¹⁵ Colin Lewis, “Economías de exportación”, en UNESCO, *Historia general de América Latina*, Paris, Ed. UNESCO, 2008, tomo VII, p. 86; véase también Ángel Duarte, “La dinámica económica”, en Jordi Casassas (coord.), *La construcción del presente. El mundo desde 1848 hasta nuestros días*, Madrid, Ed. Ariel, 2013, p. 153.

¹⁶ Régis Bénichou. *Histoire de la mondialisation*, Paris, Ed. Vuibert, 2003, p. 26.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 27.

¹⁸ Charles Kindleberger, *Historia financiera de Europa*, Madrid, Ed. Crítica, 2011, p. 94.

¹⁹ En la década del setenta el impacto de la corriente de El Niño tuvo fuertes repercusiones en el ámbito mundial y en especial en India, China, Corea, Egipto, Argelia, Marrueco, el sur de África, provocando la denominada “sequía global” y grandes hambrunas, en los años 1877 y 1878. Véase Mike Davis, *Los holocaustos de la era victoriana tardía. El niño, las hambrunas y la formación del Tercer Mundo*, Valencia, Ed. PUV, 1991, pp. 78-79.

²⁰ Benjamín Vicuña Mackenna, *Ensayo histórico sobre el clima de Chile*, Valparaíso, Imp. del Mercurio, 1877, pp. 423-463.

²¹ José Letelier, “Gobernador de Caldera al Ministerio del Interior”. Caldera, 12 de marzo de 1881, en Archivo Nacional Histórico, fondo Ministerio del Interior (en adelante AHNMINT), vol. 780, s/f; *El Mercurio de Valparaíso*, julio de 1872; *El liberal democrático*, Taltal, 11 de noviembre de 1873.

La incidencia de estos factores tendió a potenciarla y existe consenso en que en su irrupción –en el ámbito mundial– incidieron los malos resultados de las empresas ferroviarias por efecto de las alzas de salarios, el aumento del costo de construcción de las vías férreas, bajas en los dividendos y quiebras de empresas, a lo que se sumó el desempleo y la mengua salarial, gatillando una disminución en la demanda de viviendas²². Un escenario similar se provocó en el mercado estadounidense, doblemente afectado por la crisis bursátil que también se potenció con su propia crisis ferroviaria, llevando al cierre de bancos y una baja general en los precios.

En la periferia del sistema se produjo una disminución del crédito y se manifestó en una caída del comercio exterior de los países que sustentaban su economía en productos agrícolas y minerales, cuyos precios tendieron a la baja, decayendo en importantes porcentajes. Por cierto, en Chile el fenómeno tuvo impacto que ha sido caracterizado como “dramático”, pero, con efectos retardados, manifestándose entre 1876 y 1878²³, provocando una caída del precio del cobre en un 40% con respecto a cinco años antes²⁴.

En la región, fue parte del problema enfrentado, pues interactuó con un conjunto de falencias o “factores de producción desfavorables”²⁵ –escasa formación técnica, mano de obra, tecnología, economía poco dinámica, sistemas arcaicos en el financiamiento, legislación minera antigua y un débil mercado nacional, entre otros– que impactaron en la minería cuprífera del Norte Chico, generando el cierre de faenas y con ello el desempleo²⁶. Es en esta medida que se considera que la crisis de la década del setenta solo agravó una decadencia –ya visibilizada en las condiciones preexistentes señaladas– desde el inicio del decenio anterior que, con un breve intervalo de recuperación debido a la guerra franco-prusiana, incidieron en su declive²⁷.

En términos del número de pobladores, la provincia de Atacama tuvo un explosivo crecimiento en el decenio 1854-1865 de veintiocho mil doscientos ochenta y dos habitantes, que significó un aumento del 55,8%, para contraerse por la crisis económica y la decadencia de los trabajos mineros que provocaron la disminución de la población en Copiapó, la otrora bullente capital de la provincia más septentrional de Chile. El censo de 1885 constató un decrecimiento poblacional de nueve mil cuatrocientos noventa habitantes, que significó la pérdida del 12% de la población. La contracción fue patente en algunos oficios, como es el caso de los llamados peones-gañanes, quienes constituyeron el grupo de trabajadores que más migró durante el periodo²⁸. La situación se resume en

²² Philippe Gilles, *Histoire des crises et des cycles économiques Des crises industrielles du 19e siècle aux crises actuelles*, Paris, Armand Colin, 2009, p. 123. Véase también Carlos Marichal, “La crisis mundial de 1873 y su impacto en América Latina”, en *Istor*, N° 36, México, 2009, pp. 22-47.

²³ Carlos Marichal, *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana-Debate, 2010, p. 45.

²⁴ Ortega, *Chile en ruta...*, op. cit., p. 405.

²⁵ Para el efecto véase el capítulo III de Pierre Vayssiere, *Un siècle de capitalisme minier au Chili: 1830-1930*, Paris, CNRS, 1980, pp. 67-76; también en Ortega, *Chile en ruta...*, op. cit., pp. 57-80.

²⁶ Véase Ortega, *Chile en ruta...*, op. cit., pp. 184-185.

²⁷ Para los efectos de la crisis en Chile, véase William Sater, “Chile and the World Depression of the 1870’s”, in *Journal of Latin American Studies*, N° 1, Cambridge, 1979, p. 68; Ortega, *Chile en ruta...*, op. cit., pp. 403-405.

²⁸ Milton Godoy Orellana, *Fiestas, carnaval y disciplinamiento cultural en el Norte chico, 1840-1900*, tesis doctoral, Santiago, Universidad de Chile, 2009, p. 105 y ss.

la carta de Telesforo Espiga, administrador de minas, quien desde Copiapó le escribía en 1878 a su jefe destacándole que “por acá todo marcha mal, al extremo de que los agricultores no tienen peones para hacer sus cosechas”²⁹.

En el censo de 1875 ya se había advertido estadísticamente la adversa situación de declive de la minería atacameña y su estela de decadencia económica. Según los redactores del padrón, produjo “fatales resultados en el incremento de la población de esta provincia, provocando abundante emigración a las regiones vecinas, donde se han alcanzado gran ensanche en aquellos trabajos”³⁰. Sabido es que uno de los destinos de los trabajadores despedidos fueron las tierras del desierto de Atacama, donde acudieron como exploradores o cateadores de yacimientos cupríferos o atraídos por las explotaciones argentíferas de Caracoles (1870) y más tarde, Cachinal de La Sierra (1881); y por las explotaciones salitreras en las múltiples oficinas que emergían en la pampa, convertidas en permanentes receptoras de mano de obra³¹.

En Chile se provocó un aumento de las exportaciones mineras en el quinquenio 1878 y 1883, triplicándose desde su momento de partida, para mantenerse una vez terminado el periodo³². Este indicador positivo en las exportaciones tuvo como eje central el crecimiento de la producción salitrera debido a la anexión territorial de las provincias de Antofagasta y Tarapacá y, en menor medida, el impacto de la producción minera de Taltal.

Es dable destacar que el componente más importante, en términos de nacionalidades, fue el de los trabajadores provenientes de los yacimientos en decadencia del Norte Chico. Así, las salitreras de Taltal –al menos en esta etapa– no fueron el punto de convergencia multinacional que caracterizó a los cantones de Tarapacá o Antofagasta y, aun considerando la cercanía, no hubo presencia significativa de trabajadores bolivianos³³.

Mientras, en el Norte Chico los problemas se sumaban y como las sequías, coladas de barro u otros fenómenos que de tiempo en tiempo arrasan la región, la crisis se manifestó potenciándose con otras adversidades. Un corresponsal de *El Copiapino*, escribió desde Caldera en 1872 un artículo, que por su impacto se reprodujo en *El Mercurio de Valparaíso*. Resulta interesante constatar que antes de la eclosión mundial, en la región ya se avizoraban los problemas a propósito de la propia dinámica económica regional. En el texto aludido se intentaba sintetizar la situación, definiéndola como:

“Una crisis fatal. El frío de la estación, la viruela que nos invade con caracteres alarmantes, la miseria y la pobreza obligan a la mayor parte a abandonar nuestros queridos lares para ir al extranjero en busca de abrigo y fortuna. Recorriendo en diversos tonos el diapásón de nuestras

²⁹ “Carta de Telésforo Espiga a Julián Amaya, Copiapó”, 16 de febrero de 1881, Libro de cartas y cuentas desde febrero 28 de 1878 a agosto 27 de 1887, en Archivo Museo Regional de Atacama, vol. 1, fs. 193.

³⁰ *Quinto censo general de la población de Chile*, Santiago, Imp. de *El Mercurio*, 1876, p. 563.

³¹ Crisóstomo Pizarro, *La huelga obrera en Chile*, Santiago, Ed. Sur, 1986, pp. 216-217.

³² Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso Chileno (1860-1920)*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, colección Sociedad y Cultura, 1998, vol. xvi, p. 142.

³³ Sergio González Miranda, “La presencia boliviana en la sociedad del salitre y la nueva definición de la frontera: auge y caída de una dinámica transfronteriza (Tarapacá 1880-1930)”, en *Chungara*, vol. 41, N° 1, Arica, 2009, p. 77.

desgracias, nos hemos familiarizado tanto con ella, que ya no parecemos pueblo sino una grey de ilotas. Las varias arterias que constituían la riqueza de este pueblo ribereño se ha agotado. La industria, el comercio y la minería en un total abandono, en la más completa inactividad.

Trasplantada casi en su totalidad esta población a las fronteras bolivianas, al rico Caracoles, al turbulento Antofagasta³⁴.

De esta forma, tanto la dimensión mundial del problema como los factores internos de la economía regional conspiraron para que la situación deviniera en terminal y se convirtiera en expulsora de mano de obra a las regiones mineras aledañas.

LA EXPLORACIÓN DEL DESIERTO:
“UNA NUEVA VIDA PARA LA INDUSTRIA”³⁵

En 1876, frente a “la crisis general que nos agobia”, Benjamín Vicuña Mackenna se preguntaba en la Cámara de Diputados “¿no es acertado volver la vista a esos parajes inexplorados, pero que se sabe contienen riquezas de variedad infinita?”³⁶. La respuesta se la darían los hechos, pues en la década en que se iniciaba el declive decimonónico de la minería del cobre, el sector septentrional del Norte Chico era el escenario de nuevas búsquedas y derroteros.

Este es un paisaje marcado por la aridez, en que la presencia de algunos valles fértiles se acaba, uniéndose a la realidad geográfica del desierto de Atacama. Este fue un espacio en que proliferaron las expediciones privadas que recorrían el desierto y donde el Estado de Chile realizó una serie de reconocimientos en un territorio en que carecía de representantes, e infraestructura portuaria. De hecho, hasta la década del setenta Chañaral era el más meridional de los puertos chilenos formalmente organizados con presencia de agencias estatales y bajo su control.

En este aspecto, fue pionera la expedición financiada por el gobierno de Chile³⁷, para que Rodolfo Amando Philippi, recorriera el desierto el verano de 1854 coincidiendo con la exploración de la costa hecha por la *Janequeo* entre noviembre y enero de 1853 y 1854³⁸.

En noviembre de 1876, el vapor *Abtao* inició la búsqueda de un puerto apropiado para la penetración en el desierto debido a que –como escribió José Victorino Lastarria– “la necesidad en que la crisis de la Hacienda Pública y la situación industrial nos ponían de abrir nuevos horizontes”, para contar con un puerto que compitiera con el “inmedia-

³⁴ *El Mercurio de Valparaíso*. Valparaíso, julio de 1872. (La cursiva es mía).

³⁵ “Carta de Juan Velle al Ministro del Interior”, sin lugar de emisión, 1866, en AHNMIN, vol. 158, s/f.

³⁶ Benjamín Vicuña Mackenna, *Obras completas. Discursos parlamentarios*, Santiago, Ed. Universidad de Chile, tomo III, p. 429.

³⁷ Augusto Bruna *et al.*, “La epopeya de un sabio: Rodolfo Amando Philippi en el desierto de Atacama”, en Rodolfo Philippi, *Viaje al desierto de Atacama*, Santiago, Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional de Chile, 2008, tomo 39, p. 36; Véase también Sergio González Miranda, “Auge y crisis del nitrato Chileno: la importancia de los viajeros, empresarios y científicos, 1830-1919”, en *Tiempo Histórico*, N° 2, Santiago, 2011, pp. 159-178.

³⁸ José Victorino Lastarria, *Obras completas. Proyectos de ley y discursos parlamentarios*, Santiago, Imp. Barcelona, 1908, p. 109.

to Antofagasta, para atraernos la población y el comercio que se situaba en este centro boliviano, quedábanos el excelente puerto de Taltal para realizar tan vasta empresa”³⁹.

En 1877 Amado Pissis resumía su experiencia en la exploración del desierto señalando que este era un campo vasto para la minería y que Taltal era “el punto más importante de la costa y la verdadera puerta para penetrar en el desierto”⁴⁰, por lo que requería la atención del gobierno. Desde su habilitación en 1858, como puerto de embarque de cobre, había concentrado un conjunto de habitaciones y oficinas de servicios para suplir la demanda portuaria generada por las exportaciones de cobre, más tarde plata, y luego la fiebre salitrera que densificaría la región. En 1860, existía cierta regularidad de navíos que ingresaban a la bahía a cargar cobre y como informaba Aniceto Cordovés, jefe de Aduana de Caldera “jamás ha dejado de haber en el puerto de Taltal cuatro, cinco i hasta seis buques descargando mercaderías o cargando metales”⁴¹.

De esta manera, Taltal permaneció desde su creación como un puerto destinado a las exportaciones cupríferas de José Antonio Moreno y hasta 1875 solo contaba con ciento treinta y cuatro vecinos en sus inmediaciones⁴², en su mayoría ligados a las faenas portuarias. Una década después el censo de 1885 consignaba que el departamento contaba con doce mil cuatrocientos veintitrés habitantes⁴³, de los cuales el 64% eran hombres.

Según los dueños de salitreras, la importancia de la región se había potenciado desde el 14 de diciembre de 1875, cuando el gobierno peruano decretó la expropiación e instauró el monopolio sobre la producción de Tarapacá. Esta acción motivó que muchos chilenos abandonaran Iquique y se internaran en la región taltalina a explorar en busca de los yacimientos que las exploraciones científicas habían señalado⁴⁴. Entre estos salitreros que dejaron Tarapacá destaca Daniel Oliva quien era dueño en 1876 de las oficinas “China” y “Salar” las que le fueron expropiadas por el gobierno peruano, trasladándose a Atacama, donde poseía “Santa Catalina”, “Lautaro” y “Bellavista”⁴⁵.

Con este mismo fin José Victorino Lastarria escribió al intendente de Atacama acerca de los intereses que movía a la expedición que se preparaba, cuyo objetivo era examinar las salitreras de Aguas Blancas y Cachiyuyal “recién descubiertas en el desierto, y de informar acerca de las ventajas de la industria salitrera”, identificando los medios necesarios para fomentarla en el establecimiento de poblaciones en Taltal y el puerto al norte de la punta de Remedios⁴⁶.

³⁹ Lastarria, *op. cit.*, p. 109.

⁴⁰ Amadeus Pissis, *Minerales, guano y salitre de Atacama. Medidas oficiales para el fomento de la Industria*, Santiago, Imprenta Nacional, 1877, p. 49.

⁴¹ “Aniceto Cordovés al Intendente de Atacama”, Caldera, 5 de septiembre de 1860, en Archivo Nacional Histórico, fondo Intendencia de Atacama (en adelante ANHIAT), vol. 153, s/f.

⁴² *Quinto censo...*, *op. cit.*, p. 563.

⁴³ *Sesto censo general de población*, Valparaíso, Imp. La Patria, 1889, p. 740.

⁴⁴ Subdelegación de Taltal, “Solicitud que presentan al soberano Congreso Nacional Lamarca i Ossa Hermanos: industriales de la zona salitrera del Departamento de Atacama”, Santiago, Imp. Estrella de Chile, 1880, p. 6.

⁴⁵ Pedro Pablo Figueroa, *Diccionario biográfico de Chile*, Santiago, Imp. Barcelona, 1897, tomo II, p. 396.

⁴⁶ “José Victorino Lastarria al intendente”, Santiago, 15 de marzo de 1877, en AHNMIN, vol. 371, s/f. Esta carta fue reproducida en *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 17 de marzo de 1877.

FIGURA 1
Expedición al desierto (ca. 1900)



Fuente: Archivo Fotográfico del Museo Capdeville de Taltal.

Una vez definidos los lugares destinados a puertos, el Presidente de la República emitió el decreto para ordenar su poblamiento⁴⁷, levantándose los planos para crear los puertos de Blanco Encalada y Taltal, siendo este último el que logró establecerse con distribución de calles y entrega de sitios. Estos poblados no fueron dejados al azar, en términos de su diseño urbano, sino que existió una política reguladora, tanto en el puerto como en las placillas interiores de Cachinal de La Sierra y Esmeralda, en que se distribuyeron los sitios sobre la base del damero, manifestación espacial del orden urbano⁴⁸.

Desde 1870 las expediciones mineras salidas de Copiapó y Taltal al interior se multiplicaron. El citado Telésforo Espiga informaba a su jefe Julián Amaya que:

“[...] hoy ha salido una caravana de cateos, compuesto de buen número de personas y con buenos recursos, que unos cuantos amigos y yo hemos mandado al ya afamado Cachinal de la Sierra. Uno de los que va tiene halladas desde hace largos años varias vetas que en otras épocas no convenía trabajarlas. Y es hombre que conoce todo el desierto”⁴⁹.

⁴⁷ “Creación de nuevos poblados”, Santiago, 5 de julio de 1877, en AHNMINT, Vol. 371, s/f.

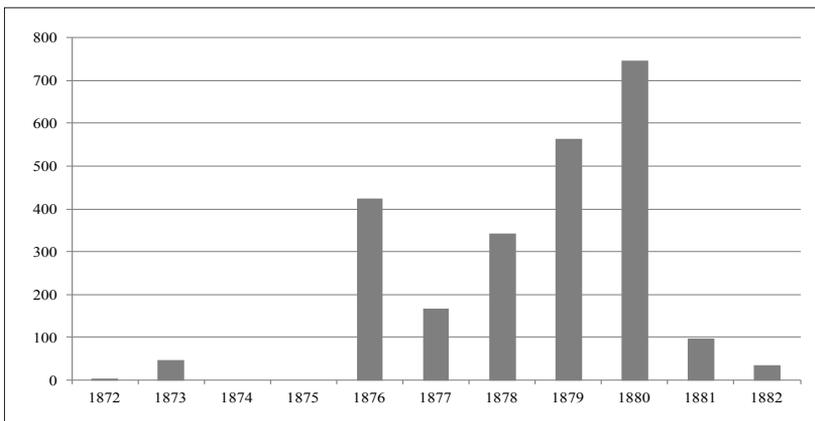
⁴⁸ Milton Godoy Orellana, “Las placillas del desierto: Construcción de espacio urbano en el despoblado de Atacama. Bolivia y Chile, 1870-1900”, en *Les Cahiers ALHIM (Amérique Latine Histoire et Mémoire)*, N° 29, Paris, 2015.

⁴⁹ “Carta de Telésforo Espiga a Julián Amaya”, Copiapó, 20 de agosto de 1887, Libro de cartas y cuentas desde febrero 28 de 1878 a agosto 27 de 1887, en Archivo Museo Regional de Atacama, vol. 1, f. 482.

El aliciente para atraer a nuevos pobladores fueron los descubrimientos salitreros y argentíferos resultantes de la búsqueda iniciada en 1871 entre los paralelos 24° y 26° de latitud sur, especialmente en Taltal, donde el caliche se encontraba en yacimientos entre dos mil y dos mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar⁵⁰. Los primeros resultados de estas prospecciones se dieron al inicio de 1872 en las cercanías de Aguada de Cachiuyual, en una de las expediciones financiadas por Emilio Concha y Toro y Juan Francisco Rivas⁵¹, sumándose a mediados del mismo año las caravanas de Emeterio Moreno en las pampas de Aguas Blancas y José Antonio Moreno en Taltal. Desde 1876 se inician las inversiones de algunos europeos como Jorge Hilliger, Andrés Keating, Alfredo Quaet-Faslem y los chilenos Manuel Ossa, Daniel Oliva, Rafael Barazarte y Vicente Bañados⁵².

El conjunto de esta actividad se tradujo en una serie de solicitudes de inscripciones que tendieron a aumentar hasta 1880 –a excepción de los años 1874 y 1875– donde no hubo registros en las notarías de Copiapó. La tendencia de las peticiones e inscripciones presentó su mayor crecimiento –coincidiendo con la distribución de sitios que hizo el Estado– entre 1877, con ciento sesenta y siete inscripciones; y 1880, cuando alcanzó setecientas inscripciones anuales⁵³. Si bien es cierto no existe un correlato entre las solicitudes de mantos salitreros y la instalación de oficinas, este es un indicador de las expectativas que este producto provocó en mineros y empresarios que prospectaban el desierto demandando sitios para eventuales explotaciones.

GRÁFICO I
Índice de inscripciones salitreras de Taltal (1872-1882)



Fuente: *Índice de las salitreras de Taltal. Desde el año 1872 hasta 1882*, Antofagasta, Imprenta Dálmata, 1905.

⁵⁰ Emiliano López, *Consideraciones sobre la industria del Salitre*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1925, p. 314.

⁵¹ Manuel Ravest, *La Compañía Salitrera y la ocupación de Antofagasta 1878-1879*, Santiago, Ed. Andrés Bello, 1983, p. 142.

⁵² Véase Oscar Bermúdez, *Historia del salitre desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico*, Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1963, pp. 297-309; el tema se trabaja también en el texto del mismo autor *Breve historia del salitre. Síntesis histórica desde sus orígenes hasta mediados del siglo xx*, Santiago, Ediciones Pampa Desnuda, 1979, p. 23.

⁵³ *Índice de las salitreras de Taltal. Desde el año 1872 hasta 1882*, Antofagasta, Imp. Dálmata, 1905.

En febrero de 1879, José Antonio Vadillo, ingeniero de los distritos mineros del departamento de Copiapó, realizaba el último de tres informes anuales –expedidos desde 1877 al gobierno– para mensurar las salitreras del territorio chileno en sector meridional del desierto de Atacama, comprendidas entre los paralelos correspondientes a Paposo y Taltal. Aunque el ingeniero señalaba los problemas técnicos referidos al tipo de acumulación calichera y la falta de continuidad de la capa de salitre y su separación del terreno base, resumía su experiencia destacando que “no cabe duda alguna acerca de la importancia de las Salitreras, pues los descubrimientos que sucesivamente se va haciendo de esa sustancia en nuevas localidades prueban la extensión que abraza la capa salitrera, y a medida que avanzan esos cateos puede uno formarse una idea más clara de la importancia de los depósitos”⁵⁴.

Acorde con el cuadro adjunto, realizó una minuciosa revisión de todas las pertenencias existentes y mensuró con arreglo a cada uno de quienes demandaban sus terrenos. Su informe da cuenta de la existencia de caliche explotable y de calidad, con excepciones notables como en las propiedades de las empresas Lamarca y Ossa, Lappé y las de Hilliger y Cía., las cuales poseían un salitre que en la disolución dejaba escasos residuos, aunque en términos amplios se explotaba con una ley de concentración del 25 a 30%, con sistemas productivos carentes de maquinaria avanzada.

Hasta el año anterior al proceso de discusión del impuesto, existían en plena producción la oficina “Santa Catalina” de Daniel Oliva, que contaba con una máquina de beneficio por vapor que le permitía producir ciento veinte quintales españoles por día. En 1877, ya había marcado el rumbo al embarcar hacia Europa un cargamento de salitre de quince mil cuatrocientos treinta quintales⁵⁵, equivalente a setecientos diez toneladas, elaboradas en su oficina, siendo –escribió José A. Vadillo– “*la primera partida de consideración que se embarca en la costa de Chile procedente de las salitreras de Atacama*”⁵⁶.

Un caso que destacó era el de las oficinas de Lamarca y Ossa Hermanos, quienes el mismo año de 1877, poseían una máquina de vapor e instalaban una nueva que permitiría elaborar de 13,8 a 18,4 tons. diarias y contaban en esta oficina con más de ciento ochenta y cuatro toneladas embodegadas. Estos empresarios habían exportado cuatro mil ciento cuarenta toneladas hasta noviembre de 1879 y ese mismo mes preparaban un embarque de mil doce toneladas.

Otro importante productor del periodo fue la sociedad Hilliger y Cía., quienes habían montado una “oficina de parada” y había elaborado más de dieciocho toneladas, logrando vender en 1878, parte de su producción a la Fábrica Nacional de Pólvora establecida en Freirina⁵⁷.

La incipiente explotación salitrera en la región se complementaba con los trabajos desarrollados por Rafael Barazarte en “Las Lagunas”, donde también se instaló una máquina a vapor. A esto se sumó la salitrera “Germania” de Herman Lappé quien instaló

⁵⁴ José Antonio Vadillo, “Informe sobre las salitreras de Taltal”, Copiapó, 8 de febrero de 1879, en ANHIAT, vol. 523, fs. 10.

⁵⁵ Julio Zegers al Intendente. Taltal, 27 de enero de 1879, en ANHIAT, vol. 519, s/f.

⁵⁶ Vadillo, “Informe sobre las salitreras...”, *op. cit.*, fs. 13. A partir de esta afirmación de José A. Vadillo, aunque no están los datos, es de suponer que antes hubo otras más pequeñas. (La cursiva es mía).

⁵⁷ Antonio Vadillo, “Informe sobre las salitreras...”, *op. cit.*, fs. 14.

una maquinaria a vapor que le reeditaría alrededor de trescientos a cuatrocientos quintales diarios, equivalentes a 13,8 y 18,4 tons., respectivamente.

CUADRO 1
Mensura de pertenencias salitreras en Taltal (1879)

Propietario	Nombre salitrera	Número de pertenencias	Extensión en km ²
1. Hermann Lappé	Germania Carcomida Blanca	16	19
2. Daniel Oliva	Santa Catalina Lautaro (con Enrique Gaete)	12 (3 con Enrique Gaete)	12
3. Lamarca y Ossa Hnos.	Tres Amigos	20	20
4. Amaya y Gaete	s/datos	3	3
5. Barón, Romo y Cía.	Rosario Porvenir María Isabel	15	15
6. Olegario Pairoa	s/datos	5	s/datos
7. Jorge Hilliger y Cía.	s/datos	19	19
Callejas y Guzmán	s/datos	7	7

Fuente: José Antonio Badillo, "Informe sobre las salitreras de Taltal", Copiapó, 8 de febrero de 1879, en ANHIAT, vol. 523, fjs. 1-18.

En 1880, aparte de los pedimentos indicados, había quince oficinas salitreras funcionando, a saber, "Lautaro", "Germania", "Santa Catalina del norte", "Santa Catalina del sur", "Santa Luisa", "Guillermo Matta", "Flor de Chile", "Rosario", "Chilena", "Española", "Sara", "José A. Moreno", "Sudamérica", "Atacama", "Unión" y "Chicoca", las que en conjunto se calculaba que podían producir un millón ciento cincuenta mil quintales métricos de salitre anuales⁵⁸, los que equivaldrían a mil ciento cincuenta toneladas, aunque existen fluctuaciones en los cálculos de la producción, las cifras serían de esta índole⁵⁹. A las anteriores, se sumaban las oficinas de Moreno, Perú, Dotts, Alegre, Echeverría, Carrasco Hermanos y Fischer, que se encontraban instaladas, pero inconclusas, aunque produciendo algunas pequeñas cantidades de salitre⁶⁰.

La información es poco clara, puesto que si se contrastan los datos entregados al gobierno por el subdelegado en el resumen de actividades del año 1880, se reconocerían trece oficinas funcionando, con una producción de 2.905 tons. Mientras, las cifras entregadas por los propios productores –en una reunión para acelerar la construcción del ferrocarril– al inicio de 1880, alcanzaban las 3.220,4 tons. mensuales: "En el día la elabo-

⁵⁸ Eulogio Allendes, *Un viaje en los vapores de la mala del Pacífico y una mirada al desierto de Atacama*, Santiago Imp. Nacional, 1880, p. 29.

⁵⁹ En efecto, un periódico de Valparaíso destacaba que en Taltal "La industria salitrera va como suele decirse, viento en popa, pues las diferentes oficinas que se han establecido siguen su marcha normal y esportan de 600 a 1,000 quintales de salitre cada día; y esto sin que las calicheras sufran menoscabo alguno en su potencia ni en la calidad de su producido", *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 7 de junio de 1880.

⁶⁰ Allendes, *op. cit.*, p. 30.

ración de salitre alcanza a setenta mil quintales mensuales, elaboración que cada día irá en aumento a juzgar por las muchas oficinas que se están planteando i muchas otras que se proyectan⁶¹, solo en el mes de enero habían producido 4.524 y en febrero llegaron a 4.573,6 tons.⁶². Un año después existen estadísticas oficiales que indican que la oficina “Lautaro” producía 1.150; “Catalina”, 691; “Atacama” y “Julia”, cuatrocientas sesenta toneladas exportadas por el puerto de Taltal. A esta cifra se le debe sumar mil trescientas ochenta producidas por las oficinas “Santa Lucía” y “Guillermo Matta”, las que eran exportadas por Puerto Oliva, produciendo un total de alrededor de tres mil seiscientos ochenta y una toneladas mensuales⁶³.

FIGURA 2

Oficina Santa Luisa de Taltal (fines del siglo XIX)



Fuente: Ludwig Darapsky, *Das Departement Taltal (Chile): seine bodenbildung und Schaeetze*, Berlin, Dietrich Reimer Ernst Vohsen, 1900.

En términos objetivos, la región salitrera chilena –donde se incluía Aguas Blancas y Taltal– produjo un exiguo porcentaje de lo que constituiría la producción del país una vez ocupada Tarapacá. Al analizarla, es posible constatar que en Taltal y Aguas Blancas hubo entre 1877 y 1878 un crecimiento exponencial, aunque significaba una pequeña parte del total. Cuando se anexa la provincia de Tarapacá lo montos de la producción chilena –en

⁶¹ “Francisco Pastene al Ministro del Interior”, Taltal, 15 de mayo de 1880, en AHNMINT, vol. 779, s/f

⁶² *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 18 de julio de 1881.

⁶³ Avelino Martínez, “Informe que el Injeniero de los distritos mineros del departamento de Copiapó pasa a la Intendencia con relación a las salitreras de Taltal y mineral de Cachinal”, Copiapó, 7 de mayo de 1882, en AHNMINT, vol. 1035, s/f.

este momento con el monopolio extractivo del salitre— alcanzan dimensiones impensadas, pues en el año 1879 se obtienen 59.344 tons. y en 1880 se alcanzan las 226.090⁶⁴, lo que convertía la producción taltalina en una reducida cantidad para el periodo.

DE LA GRANDEZA DE LOS SUEÑOS SALITREROS A LA CRISIS LOCAL

Las exploraciones habían dado sus frutos y a mediados de la década de 1870 en el *hinterland* taltalino se había desarrollado una producción salitrera de relativa importancia —percibida con amplias proyecciones— ramificándose un conjunto de caminos que conducían a diversos puntos de la pampa. La región, antes de iniciada la Guerra del Pacífico, recibió estímulos desde el gobierno central para su desarrollo, cuyas autoridades habían acogido con beneplácito los descubrimientos realizados. Como se señaló con antelación, la actividad de Amadeo Pissis en la región era una explícita respuesta de apoyo a estas nuevas explotaciones. Este estímulo se mantuvo con el decreto de septiembre de 1879, cuando se estableció un impuesto de cuarenta centavos por quintal, equivalente a 46,003 k⁶⁵, para la producción salitrera, a excepción de quienes lo hacían sur del paralelo 24, quedando Aguas Blancas y Taltal, liberados del pago por un plazo de dos años⁶⁶.

No obstante, este periodo inicial de producción de nitratos en la región, se vio afectado por los cambios suscitados en la política salitrera —calificada por Sergio González como “explícitamente liberal”⁶⁷— implementada una vez que el Estado chileno tomó el control del territorio entre Tarapacá y Taltal.

Paradójicamente, Chile había justificado la ocupación de Antofagasta debido al aumento de diez centavos por quintal exportado, decretado por la Asamblea Nacional de

⁶⁴ Braun-Llona *et al.*, *op. cit.*, p. 49. Aunque el texto citado contiene datos para la producción chilena —a saber, Aguas Blancas y Taltal— antes de 1879, estos no son confiables y minimizan la producción en el periodo, puesto que entrega cifras parciales y erróneas de 330,7 tons. anuales para 1875; 290,5 en 1876; 229,5 en 1877; y 741,4 en 1878. Estos datos pueden ser discutidos con los informes de los ingenieros que recorrieron la región en la década del setenta, pues como informa José Vadillo un solo embarque de Daniel Oliva en 1877 era de setecientos diez toneladas, mientras las estadísticas Braun-Llona *et al.*, *op. cit.*, indican solo un tercio de esa cantidad. Véase Vadillo, “Informe sobre las salitreras...”, *op. cit.*, fs. 13. A más abundar, las estadísticas realizadas en las salitreras de Taltal, antes de 1880, entregan una producción de alrededor de cuatro mil toneladas mensuales. En tanto, el ingeniero Avelino Martínez registró 3.681 mensuales hasta el inicio de mayo en 1882, véase Martínez, *op. cit.*

Por tanto, al considerar las cifras aportadas por el estudio citado y se está prevenido que un mismo barco podía ir llenando sus bodegas en diferentes puertos ¿Qué beneficio económico se puede obtener al cargar salitre en un puerto que en 1877 producía como promedio sesenta y dos toneladas mensuales, si un clipper podía cargar de mil a dos mil, como mínimo? Véase Basil Lubbock, *The Nitrate Clippers*, Glasgow, Brown, Ed. Son & Ferguson, 1953.

⁶⁵ El denominado quintal español tenía una equivalencia de 46,0093 k y el quintal métrico de 100 k. Véase François Cardarelli, *Scientific Unit Conversion: A Practical Guide to Metrication*, London, Ed. Springer-Verlag, 1999.

⁶⁶ Darapsky, *op. cit.*, p. 248. Véase también Sergio González Miranda, “¿Especuladores o industriales? La política Chilena y el problema de la propiedad salitrera en Tarapacá durante la década de 1880”, en *Historia*, N° 47, vol. I, Santiago, 2014 p. 41.

⁶⁷ Sergio González Miranda, “Las políticas salitreras peruana y Chilena. ¿del monopolio estatal a la libertad económica? (1873-1884)”, en *Cuadernos de Historia*, N° 38, Santiago, 2013, p. 65.

Bolivia en 1878, contraviniendo el tratado de 1874⁶⁸. Una vez ocupados estos territorios e incluidos bajo la égida del Estado nacional chileno, el primer paso fue replantear la carga impositiva. En efecto, la ley denominada de los Derechos de exportación del salitre, promulgada el 1 de octubre de 1880, estaba determinada por la realidad tarapaqueña, pero gravaba toda la producción salitrera entre esta región y Taltal con un peso sesenta centavos por quintal. La única salvedad fue que su vigencia para las explotaciones al sur del paralelo 24° L.S. entraría en vigencia el 11 de septiembre de 1881⁶⁹.

La respuesta de los productores de Taltal se resumía en el petitorio enviado el 25 de julio de 1880 por los representantes de la empresa Lamarca y Ossa al Congreso chileno, acción que sería imitada por los salitreros de Aguas Blancas con similares argumentos y calificando el cobro como “un golpe de muerte”⁷⁰, para ambas producciones. El tema central de su demanda se hacía enarbolando el discurso del nacionalismo y condición de impulsores del poblamiento de la región. En síntesis, argüían que el impuesto proyectado produciría la pérdida de importantes capitales y “la suspensión de una industria esencialmente nacional, y por ello, *la expulsión de millares de obreros que pueblan un vasto territorio. Ayer desierto, y hoy emporio de florecientes trabajos*, fundados a la sombra de las leyes para fomentar el verdadero engrandecimiento de la república”⁷¹. Sus demandas se hacían recordando a las autoridades el papel representado por el sector privado para hacer producir el desierto, consiguiendo “después de esfuerzos inauditos abrir esta importante parte del desierto a los mercados del Mundo”⁷².

En mayo de 1881 el gobierno, considerando que se realizaba la construcción del ferrocarril al interior, suspendió la normativa vigente en los artículos 10 y 12 sobre el despueble de salitreras que establecía un mínimo de producción o su equivalente en inversión⁷³, hasta que las obras estuvieran finalizadas⁷⁴. El tren era vital para la supervivencia de las oficinas que no cerraron, puesto que la paralización de algunas de ellas provocó el término de la mantención del camino al puerto debido a “la ruina de los salitreros que hoy no ganan en el negocio ni el valor del impuesto”. El tema se complicaba porque las oficinas que continuaron produciendo no podían bajar los minerales⁷⁵.

⁶⁸ Luis Ortega, *Los empresarios, la política y los orígenes de la guerra del pacífico*, Santiago, Ed. FLACSO, 1984, p. 16. Aunque existe consenso en que el motivo fue una conjunción de intereses económicos, públicos y privados, Manuel Ravest considera esta tesis como “sesgada” y producto de un “revisiónismo” –al que habrían contribuido historiadores chilenos, estadounidenses y europeos– debido a que, a su juicio, se hace “abstracción de factores jurídicos y del honor y dignidad nacional comprometidos en la infracción del Pacto”; véase Manuel Ravest Mora, “La casa Gibbs y el monopolio salitrero peruano: 1876-1878”, en *Historia*, N° 41, vol. 1, Santiago, 2008, pp. 65-66.

⁶⁹ Alejandro Bertrand, *Memoria presentada acerca de la condición actual de la propiedad salitrera en Chile: exposición relativa al mejor aprovechamiento de los salitrales del Estado*, Santiago, Imp. Nacional, 1892, pp. 86-87

⁷⁰ *Solicitudes que presentan al soberano Congreso acompañadas de un informe pericial los industriales y comerciantes de la zona salitrera de Aguas-Blancas: adhiriéndose a la representación hecha por los establecimientos salitreros de Taltal. Antofagasta, julio 20 de 1880*, Valparaíso, Imp. Universo, 1880, p. 8.

⁷¹ *Solicitud que presentan al soberano Congreso Nacional Lamarca i Ossa Hermanos: industriales de la zona salitrera del Departamento de Atacama, Subdelegación de Taltal*, Santiago, Imp. Estrella de Chile, 1880, p. 4.

⁷² “Francisco Pastene al Ministro del Interior”, Taltal, 15 de mayo de 1880, en AHNMINT, vol. 779, s/f.

⁷³ “Salitre y boratos. Se dicta reglamento para su concesión”, Santiago, 28 de julio de 1877, en Julio Zenteno, *Recopilación de las leyes y decretos sobre colonización*, Santiago, Imp. Nacional, 1892, pp. 87-90.

⁷⁴ Bertrand, *op. cit.*, pp. 90-91

⁷⁵ “Camino del puerto a las salitreras”, Copiapó, 26 de diciembre de 1881, en AHNMINT, vol. 779, s/f.

El principal argumento de los salitreros afectados por la medida eran los altos costos existentes en la producción regional. Según Pierre Vayssiere los costos fijos de la producción salitrera no excedían el 10% y la fluctuación principal estaba en la triada formada por los salarios, el combustible y los transportes⁷⁶. En el caso de Taltal se agregaba otro problema, común en la minería de la región: la carencia de agua, a la que se sumaban la inexistencia de transporte de bajo costo y eficiente, como el ferrocarril, que permitiera –según las elucubraciones de los empresarios de la época– transportar el salitre en bruto para ser beneficiado en la costa o en un punto intermedio entre Taltal y las salitreras donde podría obtenerse agua en abundancia.

En 1880, el ingeniero Manuel Prieto⁷⁷ elaboró un acabado estudio acerca de las diferencias entre la región de Tarapacá y la zona meridional de Atacama, estableciendo tres elementos como principales, a saber: a) la *Distancia de las oficinas al puerto y los medios de conducción*, que aumentaba los costos de producción no solo de manera proporcional a la distancia, sino que en una proporción de uno a tres, encarecido por el costo de transporte de carbón, forraje, agua, materiales y salitre; b) La *Naturaleza y calidad de los depósitos de caliche*: en esta variable se consideraba la presencia de la capa salitrera a más de 7,7 m, con una costra estéril a veces dura y compactada u otras veces blanda, a lo que se sumaba leyes que fluctuaban entre un 20% y un 60%; c) la *Calidad y abundancia de agua*: este era un elemento escaso, mayoritariamente de mala calidad y distribuido de manera muy desigual en la región, lo que incidía en los costos de producción de cada quintal de salitre⁷⁸.

La síntesis de Manuel Prieto finalizaba con un hipotético cálculo que demostraba las diferencias de la aplicación del impuesto en ambas regiones, dados sus costos de producción por quintal de salitre. Acorde con sus estimaciones, si la producción de un quintal en Tarapacá ascendía a \$1,30, en Taltal se alzaría a \$1,82, es decir, un 40% más. Lo anterior provocaba que el impacto del impuesto por quintal producido no fuera el mismo y tendía a aumentar porcentualmente hacia el sur⁷⁹, haciendo que al vender el producto proveniente de ambas regiones, las utilidades en Tarapacá eran mayores.

Por lo demás, esta era una aseveración muy difundida al momento de la discusión en el Senado. No obstante, en el ámbito político hubo quienes rechazaron o apoyaron la aplicación del impuesto, destacando el diputado Francisco Puelma –ingeniero discípulo de Ignacio Domeyko⁸⁰–, entre quienes defendían la postura de los salitreros perjudicados y planteaba en 1880 que en el proyecto tributario el gobierno “había tomado en cuenta del salitre chileno únicamente el interés fiscal y no el interés del país”⁸¹. Mientras entre los proclives a un impuesto aplicado a todos los salitreros estaba Nicolás Naranjo,

⁷⁶ Vayssiere, *op. cit.*, p. 170.

⁷⁷ Manuel Antonio Prieto fue un ingeniero que trabajó en el desierto de Atacama y publicó sus resultados en los *Anales de la Universidad de Chile*. Más tarde, fue senador y ministro de Industrias y Obras Públicas. Figueroa, *op. cit.*, tomo II, p. 507.

⁷⁸ Cf. Agustín Tagle Montt, *Estudio sobre el proyecto de impuesto al salitre*, Santiago, Imp. Librería El Mercurio, 1880, pp. 81-83.

⁷⁹ *Op. cit.*, p. 83.

⁸⁰ Figueroa, *op. cit.*, tomo II, p. 513.

⁸¹ Cámara de Diputados, Sesión del 13 de julio de 1880. Véase Hernández, *op. cit.*, p. 106.

diputado por Vallenar, quien un año después propuso revisar la ley que eximía del pago del impuesto a las salitreras al sur del paralelo 24° L.S.⁸²

Un ardoroso defensor de la eliminación del impuesto y de la necesidad de que el Estado estimulara la producción en Aguas Blancas y Taltal fue Matías Rojas, quien desde las páginas editoriales de *El industrial* de Antofagasta fue un acérrimo opositor a su aplicación en “el territorio chileno propiamente dicho”⁸³. Consideraba a Antofagasta en mejor pie que Taltal, pero en muy inferior condición que Tarapacá, donde “estando implantada esta industria desde hace largos años, se cuenta con vías más fáciles y menos costosas y con caliches muy superiores en ley con calidades especiales, que hacen su elaboración mucho menos costosa que en Antofagasta, y por consiguiente enormemente menos que en el territorio al sur del paralelo 24”⁸⁴.

Francisco Donoso, de vasta experiencia en minería y economía –en la época era caracterizado como un “economista notable”⁸⁵– realizó un balance de la situación durante un recorrido en la región minera taltalina. La importancia del texto radica en que contiene una mirada crítica, estableciendo causas distintas a las ya señaladas para el cierre de salitreras y la disminución de la producción. Su perspectiva se sustentaba en que el capital perdido en las oficinas de Taltal estaba ligado a la inexperiencia y precipitación con que los empresarios de la región buscaron aprovechar el periodo de bonanza que implicó el estar exentas del derecho de exportación, para después pagar solo la mitad de este, “y se lanzaron a elaborar ese artículo sin estar preparados para ello”⁸⁶. A su juicio, para muchos bastaba con constatar la existencia de caliche, sin considerar la importancia de los depósitos y sin un estudio científico previo del yacimiento:

“De todo esto pueden sacar una lección provechosa los salitreros de Taltal [...] aunque la industria salitrera sea fácil en sí misma, es decir en cuanto a transformar el producto primitivo o sea la materia prima, sin embargo, tiene, no diremos secretos, pero si, procedimientos científicos, y no cualquiera puede, desde el primer momento lanzarse a montar una oficina y a elaborar salitre, sin correr el riesgo de experimentar un desastre.[...] Tal es lo que ha sucedido en Taltal y aguas Blancas en los años anteriores”⁸⁷.

Este punto de vista pareciera poseer cierta razonabilidad, en tanto las oficinas que funcionaban en 1880 tenían como característica no ser propiedad de grandes consorcios, sino que sus dueños eran “aislados empresarios sin el respaldo de los grandes capitales”⁸⁸. Estos, en su mayoría, no pudieron resistir el pago del impuesto y tuvieron

⁸² Nicolás Naranjo, “Sesión ordinaria de 29 de agosto de 1881”, en Cámara de Diputados, *Boletín de Sesiones, Legislatura Ordinaria y Extraordinaria de 1881*, Santiago, La Cámara, 1866-1888.

⁸³ *El Industrial*, Antofagasta, 16 de agosto de 1881. Cabe destacar que el conjunto de sus artículos referentes al tema se editaron en Matías Rojas, *El desierto de Atacama y el territorio reivindicado. Colección de artículos político-industriales publicados en la prensa de Antofagasta en 1876 a 82*, Antofagasta, Imp. de El Industrial, 1883.

⁸⁴ *Ibid.*

⁸⁵ Figueroa, *op. cit.*, tomo 1, p. 378.

⁸⁶ Francisco Donoso Vergara (firmado con el seudónimo de Franz), *Una rápida excursión por el desierto en Taltal*, Valparaíso, Imp. La Patria, 1886, p. 15.

⁸⁷ *Ibid.*

⁸⁸ Darapsky, *op. cit.*, p. 317.

que abandonar las faenas antes de la entrada en vigencia de la nueva carga impositiva, debido a que no alcanzarían la cuota treinta mil quintales, equivalentes a 1.380 tons. mensuales.

En esta misma línea de argumentación es posible observar que, aun cuando las fuentes (hasta ahora) no presentan dimensiones ni descripciones acabadas de las instalaciones, se puede inferir que la caracterización de oficina para algunos lugares de explotación era grandilocuente. Por los escasos datos encontrados, algunas de las llamadas oficinas no pasaban de ser un punto de explotación con un gran galpón que contenía de doscientos a trescientos trabajadores que laboraban en grupos de cien a ciento cincuenta en turnos con rotación de seis horas⁸⁹. No obstante, hubo construcciones más significativas, como las de Daniel Oliva quien construyó tres oficinas, cincuenta edificios (considerando bodegas y casas) y varios muelles llegando a acumular cinco oficinas y alrededor de doscientas pertenencias, además de incorporar maquinaria moderna⁹⁰.

Finalmente, José Vadillo, ingeniero comisionado por el Estado para catastrar y dimensionar la situación, consideró “una circunstancia fatal” para la localidad, el que la aplicación del impuesto coincidió con la baja del precio lo que “vino a defraudar por completo las esperanzas que cifraban los industriales” para continuar con su trabajo⁹¹.

“LA RUINA DE TALTAL ESTABA SELLADA”⁹²

Las citadas palabras de Ludwig Darapsky resumían los negativos augurios acerca del futuro de la naciente ciudad. No obstante, es necesario tamizar los argumentos esgrimidos por la prensa y autoridades locales, porque reflejan los intereses de los empresarios salitreros. En este aspecto, el mineral de plata de Cachinal de La Sierra, que llegó a tener alrededor de tres mil habitantes, tuvo una importante función al demandar gran número de trabajadores en los años que coinciden con la crisis, funcionando como un mecanismo de descompresión social, retención de mano de obra en la región y de revitalización de parte del comercio local. Así y todo, el impacto fue de altas proporciones.

El argumento para cuestionar el impuesto que revestía mayor aceptación general fue que el desarrollo de la producción salitrera de Aguas Blancas y Taltal se realizó confiando en “las promesas de franquicias que el gobierno le dejó vislumbrar en todos sus documentos públicos”⁹³, para enfrentarse a un tributo cuyos cobros harían sucumbir las salitreras o no alcanzar las proporciones con que se proyectaron las inversiones. En esta medida, el golpe inicial fue sobredimensionado por los intereses de corto plazo del empresariado salitrero de Taltal y Aguas Blancas, pues los hechos demostrarían “con elocuencia verda-

⁸⁹ Allendes, *op. cit.*, p. 21.

⁹⁰ Hernández, *op. cit.*, p. 86.

⁹¹ José Vadillo, “Informe que el Ingeniero de los distritos mineros del departamento de Copiapó pasa a la Intendencia con relación a las salitreras de Taltal i mineral de Cachinal”, Copiapó, 30 de abril de 1882, en ANHIAT, vol. 595, s/f.

⁹² Darapsky, *op. cit.*, p. 249.

⁹³ Matías Rojas, *El desierto de Atacama y el territorio reivindicado*, Santiago, Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional de Chile, 2011, tomo 48, p. 87.

deramente abrumadora” –escribió Guillermo Billinghurst, en 1903– que se subestimó la importancia de la región salitrera al sur del Loa, pues “aun soportando el mismo derecho de exportación que el salitre de Tarapacá, florece hoy día, industrialmente, de una manera amplia y paralela y con iguales provechos que la zona salitrera que dejó de pertenecer al Perú”⁹⁴. No obstante, la recuperación de la producción salitrera en Taltal fue paulatina y se produjo años después de aplicado el discutido impuesto.

Como segundo elemento de análisis, es destacable que la aplicación del impuesto evidenció conflictos sociales inmanentes a las explotaciones extractivas del periodo. En este aspecto, el principal problema radicaba en la inexistencia de políticas de protección a los trabajadores, quienes se exponían a la práctica empresarial del despido masivo. Este era utilizado episódicamente, acorde con los vaivenes de precios de los productos explotados en los mercados o de eventuales bonanzas y crisis que marcaban los ritmos de activación o paralización de las oficinas salitreras. En este sentido, los trabajadores de la minería compartían las vicisitudes laborales con los demás obreros extractivos en las áreas carboníferas y cupríferas, teniendo en común el “ser asolados por una realidad económica que los ubicó en el centro de un pozo sin fondo que tuvo su más dramática expresión en la crisis”⁹⁵. En este contexto, la crisis de 1929 aparece en el imaginario como la de mayor impacto –aun considerando los antecedentes en las depresiones de 1918, 1921-1922 y 1925-1926–, sin mencionar el duro revés de la crisis de 1873 y las cinco crisis que anteceden con regularidad de diez años entre 1816 y 1866⁹⁶– ejemplos de lo vulnerable que podía ser la situación de un asalariado vinculado al sector extractivo, cualquiera que este fuera.

En este sentido, el impacto social en la región fue de importantes dimensiones. Los más perjudicados en el cierre de salitreras fueron los trabajadores, quienes se vieron forzados a migrar, notándose la dimensión del flujo poblacional cuando se iniciaron los problemas de mano de obra. Como destacaba *El Atacameño* en noviembre de 1881: “Hay escasez de operarios; y esto se explica, porque, *aun cuando la paralización de las salitreras ha dejado sin ocupación a muchos trabajadores*, la mayor parte, llevados siempre por su espíritu andariego del peón Chileno, se han embarcado para Iquique, Pisagua, y otros puertos del norte”⁹⁷.

¿Era solo el “espíritu andariego” de los peones chilenos la explicación del problema? Claramente, no. Los móviles eran bastante más pedestres y estaban ligados a la carencia de trabajo en las salitreras del incipiente cantón taltalino, donde –como se señaló– uno de los escasos lugares en que se hacía posible encontrar faenas era en Cachinal de La Sierra, punto hacia donde migraban los trabajadores⁹⁸. Como señaló una autoridad local, “con la suspensión de la mayor parte de las salitreras y el estado de las que quedan con

⁹⁴ Guillermo Billinghurst, *Legislación sobre salitre y bórax en Tarapacá*, Santiago, Imp. Cervantes, 1903, Introducción, p. x.

⁹⁵ Hernán Venegas “Crisis económica y conflictos sociales y políticos en la zona carbonífera. 1918-1931”, en *Contribuciones científicas y tecnológicas*, N° 116, Santiago, 1997, pp. 125-153.

⁹⁶ Charles Kindleberger, *Manías, pánicos y cracs. Historia de las crisis financieras*, Barcelona, Ed. Ariel, 2012, p. 59.

⁹⁷ *El Atacameño*, Copiapó, 10 de noviembre de 1881.

⁹⁸ Milton Godoy Orellana, “La Placilla de Cachinal de la sierra y la minería de la plata en el sector meridional del despoblado de Atacama. Taltal, 1880-1900”, en *Estudios atacameños*, N° 48, San Pedro de Atacama, 2014, pp. 141-156.

que apenas pueden pagar al trabajador un sueldo que escasamente alcanza para vivir lleno de privaciones, todo el mundo fluye a Cachinal⁹⁹. Además, la demanda de trabajadores en las tierras tarapaqueñas, asociadas a mejores condiciones laborales y salariales, incidió en que durante este periodo el flujo poblacional fuera hacia esa provincia.

FIGURA 3

Llegada de trabajadores y sus familias a Taltal (ca. 1900)



Fuente: Archivo Fotográfico del Museo Capdeville de Taltal.

Antes de la discusión y aplicación del impuesto, Taltal se había convertido en el más meridional de los cantones salitreros y, aunque estos en su mayoría tomaban la denominación de la pampa o el pueblo central, se le conocía con el nombre del puerto¹⁰⁰. Este era el punto central de una red caminera que penetraba en la pampa hacia diversas oficinas, las que despachaban sus remesas al extranjero y se conectaban con los poblados, oficinas y campamentos del interior, mediante una red dendrítica de caminos y, desde julio de 1882, a través de la empresa *Taltal Railway Company* que inició el funcionamiento del tren hasta la estación Refresco (km 82) y el mismo año llegó a Catalina del Norte (km 104), alcanzando Aguada de Cachinal (km 124) en agosto¹⁰¹.

⁹⁹ “Subdelegado de Cachiyuyal al Intendente”, Cachiyuyal, 16 de noviembre de 1881, en ANHIAT, vol. 552.

¹⁰⁰ Sergio González y Pablo Artaza, “El concepto de ‘cantón salitrero’ y su funcionalidad social, territorial y administrativa: Los casos de Zapiga, Lagunas y El Toco”, en Sergio González (comp.), *La sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos, 1870-1940*, Santiago, RIL Editores-Universidad Arturo Prat, 2013.

¹⁰¹ Godoy Orellana, “La Placilla de Cachinal...”, *op. cit.*, pp. 148-149.

Así, se estableció una dinámica comercial en que Taltal funcionaba como un verdadero puerto-emporio en que se ubicaba la aduana, bodegas de almacenamiento, los servicios portuarios y comerciales¹⁰². El puerto era esencial en términos del abastecimiento de las oficinas del interior, allí arribaban las mercaderías para la subsistencia de miles de trabajadores dispersos en la pampa taltalina, que carecía de los productos para su manutención. De esta manera, existía una dependencia entre el interior y la costa, de cuya supervivencia y producción dependían ambos puntos. Es necesario resaltar que la red de conexiones alcanzaba allende los Andes, flujos comerciales que proveyeron a la pampa con mulas de Antofagasta de La Sierra y en general del noroeste argentino¹⁰³.

Visto por la autoridad, el poblado “antes del 12 de setiembre último, había alcanzado a un grado de desarrollo admirable en dos años o poco más de existencia”¹⁰⁴. La ciudad fue trazada en 1877 con arreglo a un plano que delineaba calles rectas y espaciosas, se habían construido edificios en el centro y el puerto que contaba amplias bodegas, era frecuentado por un importante número de naves. Existió al inicio de la década de los ochenta un gran crecimiento de la población y del puerto como medio “natural” de comunicación e intercambio de productos¹⁰⁵. Los datos contenidos en la subdelegación demostraban que entre 1879 y 1880, la población aumentó en un 64%¹⁰⁶, la que dos años después era calculada por la autoridad en alrededor de seis mil habitantes en el puerto y cuatro mil quinientos a cinco mil en las oficinas salitreras y explotaciones cuproargentíferas del interior. La comunicación con el *hinterland* se hacía con alrededor de ochocientas carretas que traficaban carga entre las oficinas y el puerto, más doscientas que hacían el servicio de las pampas con cinco mil trescientas mulas¹⁰⁷.

El primer impacto sobre esta incipiente consolidación fue la disminución del 40% de las oficinas que laboraban en el desierto taltalino, reduciéndose los operarios, cocheros, trabajadores portuarios y demás participantes en el proceso productivo. Finalmente, las únicas en producción serían tres oficinas y se preveía que en enero de 1882 permanecería solo la oficina “Lautaro” de Lamarca, Roca Hnos, que se podría mantener con la mitad de su producción hasta la finalización del esperado ferrocarril. Los factores señalados con antelación (escasez de agua, calidad del caliche, capital, etc.) se encargarían de que, aun rebajándose el impuesto, ocho de ellas no volverían a producir.

Por cierto, esta realidad se hizo más compleja cuando a la paralización de las oficinas salitreras le secundó el estancamiento del comercio local y la disminución de los barcos que arribaban al puerto. Como escribió la autoridad enviada para cuantificar la crisis “de

¹⁰² Para un tratamiento de este tema véase Leopoldo Benavides, “La formación de Valparaíso como entrepôt de la costa Pacífico, 1810-1850”, in *Recueils de la Société Jean Bodin*, tome xxxiv, Bruxelles, 1974. pp. 161-183”; Jacqueline Garreaud, “La formación de un mercado de tránsito. Valparaíso 1817-1848, en *Nueva Historia*, N° 11, Londres, 1984, pp. 157-194.

¹⁰³ Raúl Molina, “Los otros arrieros de los valles, la puna y el desierto de atacama”, en *Chungará*, N° 43, vol. 2, Arica, 2011, p. 177-187; también Viviana Conti, “El norte argentino y Atacama. Flujos mercantiles, producción y mercados en el siglo XIX”, en Alejandro Benedetti (comp.), *Puna de Atacama. Sociedad, Economía y Frontera*, Córdoba, Ed. Alción, 2003, pp. 21-52.

¹⁰⁴ “Al intendente de Atacama”, Caldera, enero 9 de 1882, en ANHIAT, vol. 571, f. 5.

¹⁰⁵ “Guillermo Matta al Ministro del Interior”, Copiapó, 24 de abril de 1880, en ANHIAT, vol. 524, s/f.

¹⁰⁶ “Estado de la subdelegación”, Taltal, 28 de abril de 1880, en ANHIAT, vol. 538, s/f.

¹⁰⁷ “Al intendente de Atacama”, Caldera, 9 de enero de 1882, en ANHIAT, vol. 571, f. 6.

quince a veinte buques conductores de víveres, carbón, forraje y cargando salitre hoy se ven solo cuatro o cinco buques conduciendo carbón y materiales para ferrocarril”¹⁰⁸.

La prensa local contribuía a esparcir la sensación de inseguridad entre los habitantes del poblado, como *El Constituyente*, que en 1880 publicaba un artículo comentando que “los desórdenes están a la orden del día en ese pueblo” y del robo sufrido por el periódico local *El salitrero*¹⁰⁹. En otros medios, tal como *El Eco de Taltal* se resaltaba la diferencia entre la “desconocida y miserable caleta”, antes del nitrato y el Taltal que comenzó a crecer por el aumento de las exportaciones y, en 1881, alzaba “soberbio su frente, merced a la constante y activa labor de los abnegados salitreros a quienes el Supremo Gobierno, como premio a sus grandes sacrificios y a sus penosas tareas, les va a dar un IMPUESTO que sobrepasa bárbaramente a las utilidades que tal industria deja”¹¹⁰.

El reflejo más claro de este freno al pujante progreso del puerto fue la disminución de la demanda por sitios, que había aumentado de cinco solicitudes en 1880 a treinta en 1881¹¹¹ y ciento sesenta en 1882, las que en julio de ese año se encontraban archivadas frente al desinterés de los eventuales pobladores. El problema también se reflejó en las arcas municipales que daban cuenta de la disminución de los cobros a las carretas e impacto del impuesto que una vez aplicado “la emigración de industriales se hizo sentir inmediatamente y de aquí la reducción de entradas en ese pueblo”¹¹².

El punto central era el negativo impacto del impuesto en la rentabilidad de los salitreros taltalinos. Cuando los empresarios no fueron escuchados por el gobierno y solo obtuvieron la disminución de la mitad del impuesto, optaron por el despido masivo de los trabajadores. A diferencia de lo suscitado con la crisis de la década del setenta en Copiapó, donde el fenómeno fue paulatino y decayeron poco a poco las diversas explotaciones cupro-argentíferas, en el caso salitrero de Taltal el problema fue sincrónico, provocándose el cierre simultáneo de una serie de oficinas. De esta forma, en poco tiempo una importante masa de trabajadores se vio despojada de su fuente laboral y expuesta a la inopia. Entonces, como lo harían muchas veces en el futuro, abandonaron los campamentos usando los caminos que se internaban en el desierto y comunicaban las salitreras con el puerto.

Pronto la ciudad se enfrentó a grandes grupos de obreros que deambulaban por las calles en busca de una solución. Por cierto, los motivos que los habían llevado a dejar las faenas para ir al puerto —escenario de la sociabilidad desenfadada en los días de las *bajadas a pueblo*— no era la remolienda con que recurrentemente buscaban disipar los esfuerzos de la faena. En esta ocasión lo hacían preocupados por lo que venía. Por tanto, las discusiones acerca de la cesantía, el posible trabajo más al norte y la imposibilidad de viajar se intensificaron, de allí a la frustración y la demanda medió poco tiempo.

Las opiniones de la prensa y la autoridad hablaban de la posible violencia y subversión del orden de los trabajadores cesantes, apelando al viejo y anquilosado recurso

¹⁰⁸ “Al intendente de Atacama”, Caldera, 9 de enero de 1882, en ANHIAT, vol. 571, f. 8

¹⁰⁹ *El Constituyente*, Copiapó, 3 de mayo de 1880.

¹¹⁰ *El Eco de Taltal*, Taltal, 16 de julio de 1881.

¹¹¹ “Solicitudes de terreno”, Taltal, 15 de diciembre de 1881, en ANHIAT, vol. 550. s/f.

¹¹² “Municipalidad de Chañaral al Ministro del Interior”, Chañaral, 1882, en AHNMINT, vol. 1031. s/f.

del miedo a la plebe¹¹³. El intendente provincial escribía al ministro del Interior que el clima social estaba marcado por “el temor y la intranquilidad en que se decía vivía ese pueblo, eran positivas y fundadas. La generalidad de las familias de los comerciantes no dormían o mantenían en sus casas un servicio estricto de serenos, que contribuyeran a evitar los diversos incendios y robos que se intentaron, habiéndose efectuado de estos últimos algunos”¹¹⁴.

El temor a la masa cesante estaba instalado. Mientras el individuo estuviera en la faena y respondiera a las normas del empresariado salitrero trabajando y manteniéndose en los marcos del orden instaurado por la autoridad, no representaba mayor peligro. El problema se iniciaba cuando se convertía en cesante y se unía a otros para enfrentar el descontento.

De esta manera, los cerca de cinco mil trabajadores que laboraban en la minería y en el puerto de Taltal –mientras las explotaciones estaban en buenos momentos– eran vistos como conquistadores y “héroes del desierto”¹¹⁵, para convertirse en vagos –según la autoridad local– cuyas “tropolías se cometen ya en el puerto, ya en la mina, ya en las pampas”¹¹⁶. Cuando la economía fue adversa, los miedos se desataron frente a los cesantes –quienes cargaban el estigma de la eventual secuela de eclosión social– y los otrora trabajadores, devenían en enemigos públicos y potenciales criminales, que deambulaban por la región “sin el menor respeto ni a la policía”¹¹⁷.

La preocupación de las élites locales era la vagancia de los trabajadores despedidos que podía traducirse en la provocación de atentados incendiarios contra la propiedad privada, intentos que se produjeron en los momentos de mayor tensión. Contradictoriamente, también existía el temor de que el traslado de los despedidos a otras faenas provocara que “la improvisada ciudad de Taltal quedaría vacía”¹¹⁸. Aunque la ciudad no fue quemada y tampoco quedó vacía, los momentos de tensión producto del anuncio de la entrada en vigencia del decreto del impuesto salitrero, con su secuela de despidos, provocó elevados niveles de tensión social. Las medidas tomadas, incluida la consabida represión, se constituyó en una suerte de anuncio –los prolegómenos– de los caminos que tomarían las autoridades en conflictos similares que significaran la paralización de la producción y las crisis salitreras en los años que se avecinaban.

La primera escena de la crisis taltalina fue lo que se ha denominado en otro caso el “proceso de atemorización colectiva”¹¹⁹, sustentado en los referidos temores, el rumor y la reacción, a veces sobredimensionada, de la autoridad. En Taltal, el primer sensor del problema y su socialización fueron las autoridades, quienes en un tenor parecido al de la prensa local, destacaron el peligro que representaba el populacho aglomerado en la

¹¹³ Véase Scarlett O’Phelan, “La construcción del miedo a la plebe en el siglo XVIII”, en Claudia Rosas (ed.), *El miedo en el Perú: siglos XVI al XX*, Lima, Ed. PUCP, 2005, pp. 123-138.

¹¹⁴ Avelino Martínez, Copiapó, 12 de enero de 1882, en AHNMINI, vol. 1035, s/f.

¹¹⁵ Allendes, *op. cit.*, p. 25.

¹¹⁶ “G. de las Heras al Intendente”, Caldera, 24 de noviembre de 1880, en ANHIAT, vol. 536, s/f.

¹¹⁷ “Subdelegado de Cachiyuyal al Intendente”, Cachiyuyal, 21 de diciembre de 1881, en ANHIAT, vol. 552.

¹¹⁸ Allendes, *op. cit.*, p. 24.

¹¹⁹ Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre, escuela Santa María de Iquique, 1907*, Santiago, LOM Ediciones, 2002, p. 166.

ciudad: “desde hace quince días, una plaga de bandidos que noche a noche intentan un robo atrevido abriendo puertas o quitando los barrotes de las ventanas, en las principales casas de Comercio; pero felizmente han sido sorprendidos con oportunidad aunque no ha sido posible capturarlos, debido al poco número de policiales”¹²⁰. Así, desde el inicio de los despidos se resaltaba el aumento de los crímenes, asesinatos¹²¹ y la presencia de condenados en la cárcel, que por su materialidad y escaso personal, no entregaba garantía alguna¹²². En poco tiempo las descripciones del puerto pujante, tranquilo y con loas al progreso, se había convertido en un pueblo que estaba invadido por “el desarrollo constante del bandalaje”¹²³.

Las primeras soluciones se tradujeron en que la Intendencia aumentó la fuerza policial, con un aporte al presupuesto de \$1.000, para financiar más policías que pusieran coto al “gran número de robos y salteos que tienen lugar”¹²⁴. Paralelamente se organizó con la gente decente y pudiente una guardia de seguridad, que había contribuido a aquietar los ánimos. No obstante, al ser perseguidos del puerto “los vagos y malhechores” huían a las faenas de Cachinal u otra que persistiese en el desierto. Por tanto, las oficinas que permanecían funcionando propusieron organizar partidas de hombres para “limpiar aquellos lugares de facinerosos”, o capturarlos para la leva forzosa, bajo la justificación de que “la patria necesita soldados y esos vagos y malhechores podrían prestar buenos servicios al ejército”¹²⁵.

Desde el poblado, este aporte no representaba un cambio en la situación que vivían, calculando en \$5,520 el monto que permitiera dotarlos de diez policías estables y algunos caballos. Esta nueva demanda monetaria se hizo a inicios de septiembre de 1881, con ocasión de la cercanía de las fiestas de celebración del 18 de septiembre, fecha en que los temores a la masa desbordada se acrecentaron. Los trabajadores en aquellas ocasiones abandonaban las faenas para dirigirse a los poblados principales a *remolerla* y endilgarse borracheras masivas, que hacían difícil la mantención del orden. Estas celebraciones en tiempos de bonanza no presentaban más peligro que la gresca o el conato de sublevación pasajera. El problema se suscitaba cuando se presentaba la mixtura de fiesta y problemas económicos como bajos sueldos y escasez de trabajo, que hacían de la fiesta el momento privilegiado para que en un contexto de crisis se provocara un levantamiento de proporciones¹²⁶. Precisamente, estos eran los miedos que trasuntaba la petición de refuerzos que hacía el intendente Guillermo Matta al ministro del Interior, debido a que “la afluencia de trabajadores de las pampas, minas y ferrocarril que bajarán en los días del dieciocho de septiembre” eran un peligro debido a que tenía a 7 policías mal rentados, y esperaba una afluencia de más de 4.000 trabajadores, lo que a su juicio convertía a Taltal en “una población vendida y entregada al saqueo”¹²⁷.

¹²⁰ “Gregorio de Las Heras al Intendente”, Caldera, 24 de noviembre de 1880, en ANHIAT, vol. 536, s/f.

¹²¹ *Op. cit.*, 10 de noviembre de 1880, ANHIAT, vol. 536, s/f.

¹²² *Op. cit.*, 24 de noviembre de 1880, en ANHIAT, vol. 536, s/f.;

¹²³ “C. García al Intendente, Caldera”, 30 de julio de 1881, en ANHIAT, vol. 458 s/f.

¹²⁴ “Manuel Recabarren al Intendente de Atacama”, Santiago, 10 de septiembre de 1880, en ANHIAT, vol. 561, s/f.

¹²⁵ “Gregorio De las Heras al Intendente”. Caldera, 30 de noviembre de 1880, en ANHIAT, vol. 536, s/f.

¹²⁶ Véase Godoy Orellana, *Fiestas, carnaval...*, *op. cit.*

¹²⁷ “Guillermo Matta al Ministro del Interior”, Taltal, 1 de septiembre de 1881, en ANHIAT, vol. 524, s/f.

En diciembre de 1881, el gobierno central envió un comisionado para cerciorarse de las dimensiones del problema social existente y tomar las medidas respectivas frente a “las alarmas de su vecindario”¹²⁸. Los resultados permiten verificar una práctica de las autoridades y élites regionales que se hará persistente en el fin del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Lo realizado por la autoridad regional y su representante contó con la anuencia del poder central y con el beneplácito de los sectores empresariales de Taltal.

El escenario descrito por el representante del gobierno, en el periodo previo a la aplicación del impuesto, era similar al de las autoridades locales, con énfasis en el proceso de decadencia. Según el comisionado, la población estaba “en real y justa zozobra”, con la presencia de seiscientos trabajadores impagos de las oficinas “Germania”, “Unión” y “Severin”, a los que se sumaban doscientos a trescientos operarios de otras faenas paralizadas y “un número de vagos” que estimaba en doscientos. Esta presencia de trabajadores despedidos, los calculó, entre novecientos a mil individuos “que amenazaban la tranquilidad y el hogar de los vecinos, el movimiento y el haber del comercio”¹²⁹.

Algunos meses después la situación se intentó revertir mediante una ley destinada a esta zona, que fue promulgada el 14 de enero de 1882, en virtud de la cual el salitre exportado por Taltal y caletas dependientes que tuvieran este origen tendrían como garantía que pagarían hasta el 30 de junio de 1883 un 50% del gravamen, fijando el monto en ochenta centavos por cada cien kilos¹³⁰.

Al mediodía del 14 de enero la comunidad recibió el aviso telegráfico de la reducción del impuesto, la población local inició una fiesta, considerándose “tener aseguradas las bases de su porvenir con la magnífica concesión”¹³¹. La noticia se expandió por la región y fue recibida, según la prensa, “con un entusiasmo loco desde el primer momento” congregándose el vecindario en la plaza local para ver los actos de presentación de una parada y ejercicio de armas realizado por la quinta compañía del batallón Miraflores.

Sin duda, esta puesta en escena era parte de la celebración, pero también puede interpretarse como un ejercicio del poder y control del espacio público por las autoridades y una soterrada advertencia frente al desorden:

“Allí fue calorosamente aplaudida dicha compañía, su capitán y oficiales. El pueblo estaba ansioso por manifestarles su satisfacción y en ese día les demostró bien claro el aprecio y respeto que sienten por ella. La ciudad fue embanderada, los cohetes quemados fueron muchos, las salvas de cañón muy atrayentes. El hotel Colon se vio totalmente lleno de caballeros, que celebraban con finos licores las noticias. Muchas señoritas presenciaron el ejercicio y se entusiasmaron con la alegría de los soldados cada vez que ejecutaban el calacuerda y sin el ataque al yatagán. La fiesta del martes fue muy general. Hubo un baile de máscaras por la noche en el teatro de la plaza”¹³².

Causa atención que el periódico destacaba la felicidad de caballeros, señoritas, el baile de máscaras y los brindis con finos licores, ¿los trabajadores compartían la alegría? Difícil saberlo. Después del primer impacto, la celebración se diluyó como un

¹²⁸ “Al intendente de Atacama”, Caldera, 9 de enero de 1882, en ANHIAT, vol. 571, fs. 1.

¹²⁹ *Ibid.*

¹³⁰ Bertrand, *op. cit.*, p. 93; Hernández, *op. cit.*, pp. 117-118.

¹³¹ “Taltal de fiesta”, en *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 30 de enero de 1882.

¹³² *Progreso*, La Serena, 18 de enero de 1882.

momentáneo solaz de la comunidad, debido a que la decadencia continuó, al igual que los problemas, durante el año 1882. ¿Cuáles fueron los pasos seguidos por autoridades, empresarios y comerciantes para el control de esta masa dispersa? La imagen construida a propósito de las fuentes existentes tiene una estructura interesante, en tanto emerge como una nueva manera de enfrentar las crisis locales.

Es destacable la insistencia en torno a la seguridad y la carencia de policías –pese al aumento antes indicado– para resguardar el orden y la cárcel. Con un clima social adverso y que empeoraba, la solución fue la intervención del ejército. Para el efecto, se trasladó desde Caldera del batallón cívico Atacama N° 3, con cincuenta soldados enganchados en Taltal, un grupo problemático para las autoridades, puesto que la mayor parte fueron enrolados entre los mismos operarios despedidos “y aun impagos o de vida dudosa”¹³³, por tanto no entregaban confianza. Cuando esta unidad acantonada en Caldera fue disuelta¹³⁴, tuvo que ser reemplazado por un destacamento del batallón Miraflores.

La presencia de los trabajadores mantuvo el temor e intranquilidad entre los comerciantes y las familias pudientes, quienes financiaban en sus casas un servicio de serenos que contribuyera a evitar los diversos incendios o robos que se intentaron, “habiéndose efectuado de estos últimos algunos en lugares no apartados de la población”¹³⁵.

Para disminuir las tensiones y el peligro de saqueos, los comerciantes y empresarios locales reunieron mediante una colecta \$900 para los obreros impagos de la oficina “Germania”. Estos fondos rápidamente se agotaron, y su demanda aumentó debido a que los despidos iban creciendo. La solución parcial fue posible mediante la intervención del Estado, para lo cual desde la capital provincial se solicitó al Presidente de la República permiso para disponer de dos mil pesos “en la conservación del orden en Taltal”¹³⁶.

En este sentido, la intervención del Estado para mitigar el impacto del problema era innovadora, puesto que décadas antes este hubiese sido un asunto privado y la autoridad se hubiera limitado al envío de policías. Es posible que este fuera el resultado de factores como la guerra y las nuevas disposiciones adoptadas para enfrentar –aunque en una mínima parte– los problemas sociales, práctica que se había acrecentado en el último cuarto del siglo XIX, donde el miedo que infundían los sectores populares a la élites fue una de las motivaciones para el cambio¹³⁷.

El representante del gobierno escribió al Intendente informando que “al iniciarse este último reparto y estando los operarios reunidos, les manifesté que sería la última vez que se les socorriera”¹³⁸, estableció tres soluciones, más radicales, para terminar con la aglomeración de cesantes en la ciudad:

1° Trabajar en las faenas del ferrocarril que ofrecía ciento cincuenta centavos diarios, solo para peones, desde las cinco de la mañana hasta las siete de la tarde.

¹³³ “Al intendente de Atacama”, Caldera, 9 de enero de 1882, en ANHIAT, vol. 571, fs. 2.

¹³⁴ Fabián Berrios, *Desde Caldera hasta Tacna. Testimonios de Rafael Segundo Torreblanca*, Copiapó, Ed. Legatum, 2014, p. 143.

¹³⁵ “Al intendente de Atacama”, Caldera, 9 enero de 1882, en ANHIAT, vol. 571, fs. 4.

¹³⁶ “A. Martínez al Ministro del Interior”, Copiapó, 12 de enero de 1882, en AHNMINI, vol. 1035, s/f.

¹³⁷ Sergio Grez Toso, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, 2ª ed., Santiago, RIL Editores, 2007, pp. 770-771.

¹³⁸ “Al intendente de Atacama”, Caldera, 9 enero de 1882, en ANHIAT, vol. 571, fs. 2.

2° Aceptar el pasaje a Iquique que el gobierno ofrecía gratis, donde “hallarían trabajo como ellos lo deseaban, con la garantía de que se atendería al cobro de sus letras en la forma que el señor Ministro del Interior aconsejaba”¹³⁹.

3° Quedar sujetos a las medidas coercitivas “que las *circunstancias creadas* por unos cuantos mal intencionados de entre ellos *aconsejaban*”¹⁴⁰.

Los trabajadores rechazaron la idea de trabajar en la construcción de la línea férrea, por considerarlo un trabajo mal remunerado, con catorce horas diarias, que no establecía diferencias en el pago a peones o trabajadores con especialidades (carpinteros, herreros, etc.). En su etapa de construcción y puesta en marcha las faenas del ferrocarril fueron motivo constante de reclamos por la falta de seguridad que denunciaban los obreros, negándose a trabajar “por cuanto la línea es defectuosa y el material rodante pésimo”¹⁴¹.

La entrega de pasajes gratuitos y el traslado masivo de los cesantes funcionó con un importante número de trabajadores. Esta fue una medida que en el futuro sería recurrente para descongestionar los puertos, con la intención de evitar las aglomeraciones de trabajadores descontentos y con ello, —como acontecería en la huelga de 1922— descomprimir la “atmósfera social” que esto generaba¹⁴².

Se entregaron alrededor de ciento ochenta pasajes y se ocupó la capacidad del transporte *Chile* para trasladar más cesantes, actividad que persistió después del retiro del representante de la autoridad provincial, quien afirmó que “después de mi salida este número debe haber aumentado considerablemente con la falta de auxilios para vivir”¹⁴³. Por lo demás, en 1883 continuaría la paralización de oficinas, como fue el caso de “Catalina del Sur”, desde donde los despedidos se fueron a Taltal en “gran número de trabajadores que han quedado sin tener que hacer a consecuencia de la paralización de la salitrera”¹⁴⁴.

El delegado del Intendente afirmó que, en primera instancia, “creí prudente no usar desde luego medidas represivas y circunscribirme a calmar la ansiedad de los vecinos hasta la llegada el destacamento Miraflores”¹⁴⁵. Cuando esta unidad inició las patrullas y el control en la ciudad aparecieron las acusaciones de abusos, como el allanamiento de domicilios y captura indiscriminada, por autorización del subdelegado, de “toda aquella gente que no tenía patrón y era desconocida la condujera al cuartel hasta que reclamaran por ellos”, en especial a los que calificaba como “flojos y mal entretenidos”¹⁴⁶. La represión también se manifestó a través de reclutar de manera forzosa a “trabajadores conocidos y a niños de corta edad para llenar las bajas ocasionadas por la desertión de sus soldados”¹⁴⁷, que se detuvieron cuando el administrador de la Taltal Railway Company

¹³⁹ “Al intendente de Atacama”, Caldera, 9 enero de 1882..., *op. cit.*, fs. 3.

¹⁴⁰ *Ibid.* (La cursiva es mía).

¹⁴¹ “Ruperto Álvarez al intendente”, Caldera, 28 de septiembre de 1882, en ANHIAT, vol. 573, fs. 5.

¹⁴² Julio Pinto Vallejos, *Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en los tiempos de la cuestión social (1880-1923)*, Santiago, LOM Ediciones, 2007, p. 185.

¹⁴³ “Al intendente de Atacama”, Caldera, 9 enero de 1882, en ANHIAT, vol. 571, fs. 5..

¹⁴⁴ *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 22 de junio de 1883.

¹⁴⁵ “Al intendente de Atacama”, Caldera, 9 enero de 1882, en ANHIAT, vol. 571, f. 2.

¹⁴⁶ “Nota del subdelegado de Taltal transcrita por el gobernador de Caldera G. de la Piedra al Intendente”, Caldera, 10 de enero de 1882, en ANHIAT, vol. 571 s/f.

¹⁴⁷ “Nota del subdelegado de Taltal”, Caldera, 1 de febrero de 1882, en ANHIAT, vol. 563, s/f.

se presentó ante las autoridades para solicitar la entrega de los operarios capturados. En definitiva, la medida provocó aún más molestias entre los trabajadores.

Es notorio el hecho de que en las autoridades estaba ya instalada la idea del trabajador-niño, que requiere de un patrón responsable que lo conduzca, una práctica que destacó Eduardo Devés con ocasión de los hechos en Santa María de Iquique, donde el discurso de los patrones veía en los trabajadores a “un grupo de niños a quienes el mal ejemplo arrastra fácilmente”¹⁴⁸. De manera similar, en Taltal uno de los argumentos para sustentar los reclamos fue la preocupación por miles de trabajadores que una vez despedidos, serían “expuestos a los excesos y al crimen”¹⁴⁹.

Para el efecto, los encargados de aplicar las medidas represivas fueron los soldados del “Miraflores” a las órdenes del mayor del exregimiento Atacama, Ramón Soto Aguilar, que recorría todas las noches la población. El conjunto de acciones logró apaciguar los ánimos y –según el delegado– cesaron “las tentativas de incendios y robos que antes de mi llegada y dos o tres veces durante mi estadía tuvieron lugar”¹⁵⁰.

Las remesas de dinero para financiar el orden social continuaron con la entrega al subdelegado de la suma de \$1.100 para alimentación diaria de los despedidos de la oficina “Severin” y \$ 900 a la empresa Saint Marie y Lappé, dueña de las oficinas “Germania” y “Unión” para el mismo tema. La única exigencia que se hacía era que los trabajadores conservaran en su poder las letras de cambio con las cuales se les había cancelado el sueldo impago, aunque la medida no pudo aplicarse puesto que la mayoría de los trabajadores de las oficinas cerradas se habían visto en la obligación de vender “sus créditos o letras por un 60, 80 i hasta 90% de descuento, y sin este documento era difícil conocer si se auxiliaba a un trabajador o a un vago”¹⁵¹.

En febrero de 1882, la autoridad local solicitaba el retiro de la compañía del regimiento Miraflores, porque la situación de indisciplina entre los soldados se había extendido por “los desórdenes cometidos y de los temores y mala voluntad que inspiran a este pueblo” y considerar superada tensión y controlada la alarma producida “por los numerosos vagos y operarios impagos” reunidos en el puerto debido a “haber salido unos y encontrarse trabajando otros”¹⁵². Pareciera que la medida más eficiente había sido la descompresión social que significó el traslado de cientos de trabajadores hacia Tarapacá, región que tenía sus faenas en marcha y se había convertido en un polo de atracción laboral.

CONCLUSIÓN

El impacto de la crisis mundial de 1873 marcó la década de 1870 en el ámbito mundial, convirtiéndola en el contexto temporal de la más dura y severa recesión en la historia de Chile¹⁵³, extendiéndose entre 1874 y 1879, para terminar con la Guerra del Pacífico. En

¹⁴⁸ Devés, *op. cit.*, p. 68.

¹⁴⁹ Allendes, *op. cit.*, p. 24.

¹⁵⁰ “Al intendente de Atacama”, Caldera, 9 enero de 1882, en ANHIAT, vol. 571, fs. 4.

¹⁵¹ *Ibid.*

¹⁵² “Nota del subdelegado de Taltal”, Caldera, 1 de febrero de 1882, en ANHIAT, vol. 563, s/f

¹⁵³ Ortega, *Chile en ruta...*, *op. cit.*, p. 409.

este sentido, al enfrentarnos al problema regional de inicio de la década del ochenta, es posible verificar que no se trató de una crisis exógena, repercusión de una crisis mundial, sino provocada por una política errada que dejó como alternativa a los trabajadores poder marcharse a otros cantones, oportunidad que las crisis generales futuras limitarían. Esta dimensión de la hizo ciudadana, con gran impacto en la opinión pública, en una década en que la palabra estaba a la mano, inclusive antes de la irrupción de la Gran Crisis Decimonónica, cuando en el Norte Chico se manifestaban los primeros estertores de una larga decadencia. Así, la expresión formaba parte del vocabulario usual de la prensa, los discursos y las publicaciones del periodo. Por cierto también lo era para la élite que instrumentalizó su uso¹⁵⁴.

En este contexto es posible pensar la crisis como un concepto que refería o daba cuenta –como escribe Myriam Revault d’Allonnes– no solo de “una realidad objetiva” sino, también, de una experiencia de vida. En este sentido es una metáfora, que teniendo origen en el dominio de la Medicina se aplica a toda la experiencia moderna, en tanto ha devenido “en un concepto operativo”¹⁵⁵.

Esta dimensión es la que, aparentemente, abordaron los salitreros en la región. Conscientes de que la palabra traía a colación un conjunto de fracturas sociales, hambrunas e inestabilidades –hablar de crisis era apelar a esta dura realidad– la usaron de manera recurrente para graficar su situación y presentar una realidad terminal del incipiente progreso local. En este sentido, el impuesto sería la muerte de la floreciente explotación del nitrato y los efectos de esta postura, se maximizaron mediante la prensa local y regional. Como en otras ocasiones el populismo y paternalismo de empresarios y comerciantes se hizo palpable, preocupaba la situación de los cesantes y el futuro de la localidad. En el fondo de la retórica estaban los intereses económicos de los salitreros, quienes con el impuesto perdían rentabilidad en su esfuerzo por construir el país del que hablaba el citado diputado Francisco Puelma.

Durante el periodo –antes o después del impuesto– en la dimensión laboral no hubo cambios. De hecho, la producción decimonónica se basó en el uso extensivo de la mano de obra, difundida en pequeñas unidades productivas –cuyo modelo también operó en algunos casos de la industrialización europea¹⁵⁶– con una cobertura que incluyó el territorio entre Pisagua y Taltal. El sino del ciclo salitrero, como otros ciclos productivos en Latinoamérica, fue la crisis –devenida como terminal hacia 1914– y su exposición a los vaivenes de sobreproducción, estancamiento y desde 1884 el intento de regulación de los precios mediante las “combinaciones” salitreras¹⁵⁷. En el periodo estudiado la dependencia de los mercados externos impuso el ritmo de la producción y determinó

¹⁵⁴ Stéphane Boisard, “De l’usage de la ‘crise’ dans les essais de vulgarisation d’histoire économique au Chili (1860-1960)”, in *Les Cahiers ALHIM (Amérique Latine Histoire et Mémoire)*, N° 28, 2014, disponible en <http://alhim.revues.org/5056>.

¹⁵⁵ Myriam Revault, *La crise sans fin. Essai sur l’expérience moderne du temps*, Paris, Éd. du Seuil, 2012, p. 171.

¹⁵⁶ En Francia a mediados del siglo XIX casi dos tercios de los trabajadores se desempeñaban en pequeñas industrias, cuyo modelo se impuso. De hecho, todavía en 1881 menos del 10% de los salarios provenían de las grandes industrias. Véase Claire Fredj, *La France au XIX^e siècle*, Paris, Presses Universitaire de France, 2014, p. 81.

¹⁵⁷ Sergio González Miranda, “Las combinaciones salitreras: el surgimiento del empresariado del nitrato en Chile (1884-1910)”, en *Diálogo andino*, N° 42, Arica, 2013, p. 41.

la fluctuación en los requerimientos de mano de obra debido a la baja en la producción, interrupción del funcionamiento o el cierre de una oficina. Entre 1903 y 1910, hubo una variación anual del 25% de las oficinas en producción, una cifra que se acrecentó al 50% entre 1910 y 1915, el 70% después de 1921¹⁵⁸ y finalmente la crisis de 1929 que arrasó con la industria y puso fin al ciclo salitrero, aunque algunas oficinas en Taltal persistieron hasta la década del setenta del siglo xx.

En este particular caso la respuesta de los empresarios fue la misma que tendrían en el futuro: el despido masivo, un ejercicio que será recurrente en la región durante la época salitrera. Posteriormente, se provocaba la aglomeración de los cesantes en el puerto que era el centro del cantón. Por cierto, se debe dimensionar esto en una ciudad pequeña como Taltal, en proceso de instalación y que no poseía más de cinco mil habitantes, que se vio copada por alrededor de tres mil a cuatro mil obreros deambulando, sin mayores perspectivas, debido a que no podían volver a la pampa y tampoco contaban con el dinero para marcharse.

En este aspecto, es importante considerar las fases siguientes en el caso de Taltal: instalación del miedo a los cesantes, masa eventualmente peligrosa y algunos atentados contra la paz social. Todo en aras de justificar la intervención de la policía y el ejército a establecer el orden.

En este modelo de respuesta —que predominaría a futuro— se consideró la participación del Estado. No solo a nivel del envío de tropas del regimiento Atacama y el Miraflores, sino que con aporte monetario para financiar la manutención de los cesantes, mientras se buscaba la solución. La que por cierto, también sentaba un precedente, y no fue otra que el financiamiento de los pasajes para abandonar la ciudad y descomprimir el espacio evitando un posible conflicto mayor. Esta fue una migración forzada por las circunstancias —migración punitiva como le llama Sergio González¹⁵⁹—, debido a que cerrada la oficina cientos de trabajadores no tenían más opción que irse a otro lugar.

Así, este episodio marcó un hito en lo que vendría a futuro en el mundo salitrero regional. La debacle para Taltal se manifestó desde 1882 en adelante, puesto que de las numerosas explotaciones que se habían iniciado solo quedaron las oficinas “San Luisa” y “Guillermo Matta”, controladas por alemanes; a parte de “Lautaro” y “Santa Catalina”, que permanecieron trabajando un tiempo más hasta que fueron adquiridas por ingleses¹⁶⁰. La mayoría de las inversiones quedaron detenidas por alrededor de diez años, cuando con un aumento del consumo¹⁶¹ y las mejores condiciones de transporte que ofrecía la empresa Taltal Railway Company, se reactivó la producción, quedando algunas salitreras en propiedad de empresas extranjeras que las compraron. De hecho, parte de la recuperación vendría con la The Taltal (Chile) Nitrate Company Limited, creada el 5 de noviembre de 1888 e inscrita en Londres, con un capital de £85.000, repartida en diecisiete mil acciones de £5 y que explotaría los yacimiento comprados por

¹⁵⁸ Gabriel Salazar, *Movimientos sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*, Santiago, Ed. Uqbar, 2012, p. 271.

¹⁵⁹ González Miranda, *Hombres y mujeres...*, *op. cit.*, p. 148.

¹⁶⁰ Darapsky, *op. cit.*

¹⁶¹ Hernández, *op. cit.*, p. 154.

Georges Thompson, representante de la empresa, en un monto de £26.665 a Telesforo Andrada, Peregrina Barrios, Hortensia Moreno y Clara Moreno¹⁶².

Debido al conjunto de medidas y las alternativas que presentaron las nuevas explotaciones de plata, la situación comenzó a estabilizarse y se retomó el trabajo en la pampa, aunque no con el ímpetu anterior. No obstante, el impacto negativo del proceso, tanto en el número de habitantes, como en la economía fue importante.

Algunos años después, Taltal pudo recuperar su movimiento portuario, dinamizando la economía regional hacia fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, periodo de su mayor esplendor. De hecho, un resumen de la situación fue entregado a fines de la década del ochenta por la *Nouvelle géographie universelle*, en cuyas páginas se destacaba la realidad geopolítica del desierto de Atacama, y de Taltal en términos puntuales, resaltándose que este puerto se conectaba mediante un ferrocarril con Cachinal, en la base de la cordillera andina, habiendo “devenido en uno de los puertos activos de Chile, sobre todo para la exportación, al igual que Iquique y Antofagasta, completándose con un sector periférico de plantas metalúrgicas”¹⁶³. Esta imagen fue refrendada en 1895 por el poeta y viajero francés André Bellesort, quien destacaba la fundición de minerales de Taltal “que humea en medio de las arenas” y el ferrocarril que comunicaba con el interior¹⁶⁴. De hecho, ese mismo año Taltal superó en movimiento portuario a los vecinos de Caldera y Carrizal Bajo, realidad palpable en el pago de derechos de aduana que alcanzaron un monto de \$3.544.556, de los cuales el 95,9% fue pagado en Taltal¹⁶⁵.

Si bien es cierto, la situación enfrentada y los hechos desencadenados a propósito del impuesto no fueron terminales, estos sí se configuraron como los prolegómenos de las futuras crisis –de mayor envergadura, alcance e intensidad– cuyos impactos se resumen en una carta de Daniel Oliva, viejo salitrero de Tarapacá y luego de Taltal, quien en febrero de 1883 comentaba al intendente de Atacama los efectos de este episodio salitrero y la situación de abandono del puerto. Daniel Oliva, finalizaba diciendo que al recorrer la pampa taltalina: “causa verdaderamente tristeza ver en el desierto tantas salitreras de para y abandonadas [...] y que hoy nada producen”¹⁶⁶. Debido a las fluctuaciones episódicas de la producción salitrera en el periodo, alrededor de medio siglo después sus palabras volverían a tener profunda validez.

¹⁶² “Contrato de compra de The Taltal (Chile) Nitrate Company Limited, incorporaten in 1888 dissolved before 1916”, in The National Archive, Kew, London, Board on Trade and Successor, Company N° 27261, BT 31/4212/27261.

¹⁶³ Élisée Reclus, *Nouvelle géographie universelle. Amérique du Sud, les régions andines*, Paris, Lib. Hachette, 1893, p. 778.

¹⁶⁴ Este viajero dejó una vívida imagen de la vida cotidiana y la marcada condición desértica de Taltal: “sobre las alturas que la dominan se instalaron cisternas que reciben, por medio de largos tubos, agua de mar para ser desalada. Me acordaré largo tiempo de su plaza, su inmensa plaza vacía, rodeada de casas pintadas, de tenderetes rosados y verdes”: André Bellesort, *Joven América. Chile y Bolivia*, Paris, Ed. Perrin et Cie, 1897, p. 18.

¹⁶⁵ Román Espech, *El jubileo de Atacama: estudio sobre la situación económica de esta provincia a través de cincuenta años*, Santiago, Ed. La Gaceta, 1897, p. 17.

¹⁶⁶ “Daniel Oliva al Intendente de Atacama”, Cachinal de La Sierra, 26 de febrero de 1883, en AHNIAT, vol. 599, s/f.